

LETRAS REGIONALES



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 16

Octubre 1926

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

Santiago Camarasa. Del Tesoro artístico español: Fiestas de arte y de Fe, en la Primada de las Españas (con grabados).—Detalle de un artístico pergamino, dedicado al General Primo de Rivera (grabado).—*Fernando Luna*. Zaragoza después de las «Fiestas del Pilar» (con grabados).—El insigne novelista español D. Antonio Reyes Huertas (con grabado).—*Antonio Reyes Huertas*. «La Torre de los Vientos».—*Curro Vargas*. Cuadros madrileños: Lucha de clases.—*Vicente Díez de Tejada*. A la luz de la luna (cuento).—*Vicente Franco*. A la Lengua Vasca (poesía).—*Constantino Cabal*. Del Folk-lore de Asturias: El «Compostoriu».—*F. G. de Córdoba*. Fantasia Crepuscular (poesía).—**Libros:** El «Día del Libro».—*S. Ramos Almodóvar*. El Ermitaño de Córdoba (continuación de la novela que principió a publicarse en Enero).—**Crónicas:** VALENCIA. *A Lambert*: Carta a un amigo: La Villa de Jávea (Alicante).—CASTILLA: *Federico Barañano*. Segovia: Llor a sus viejas piedras, a sus poéticos rincones.—**Literatos Nuevos:** *Prisca Espa*. De Polop a Benimantell y Castell de Guadalest.—*C. Pérez*. La Bandera y la Cruz.—*José Guerrero*. ¿Será amor? (poesía).—*Juan Francisco Logroño*. Más allá (poesía).



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

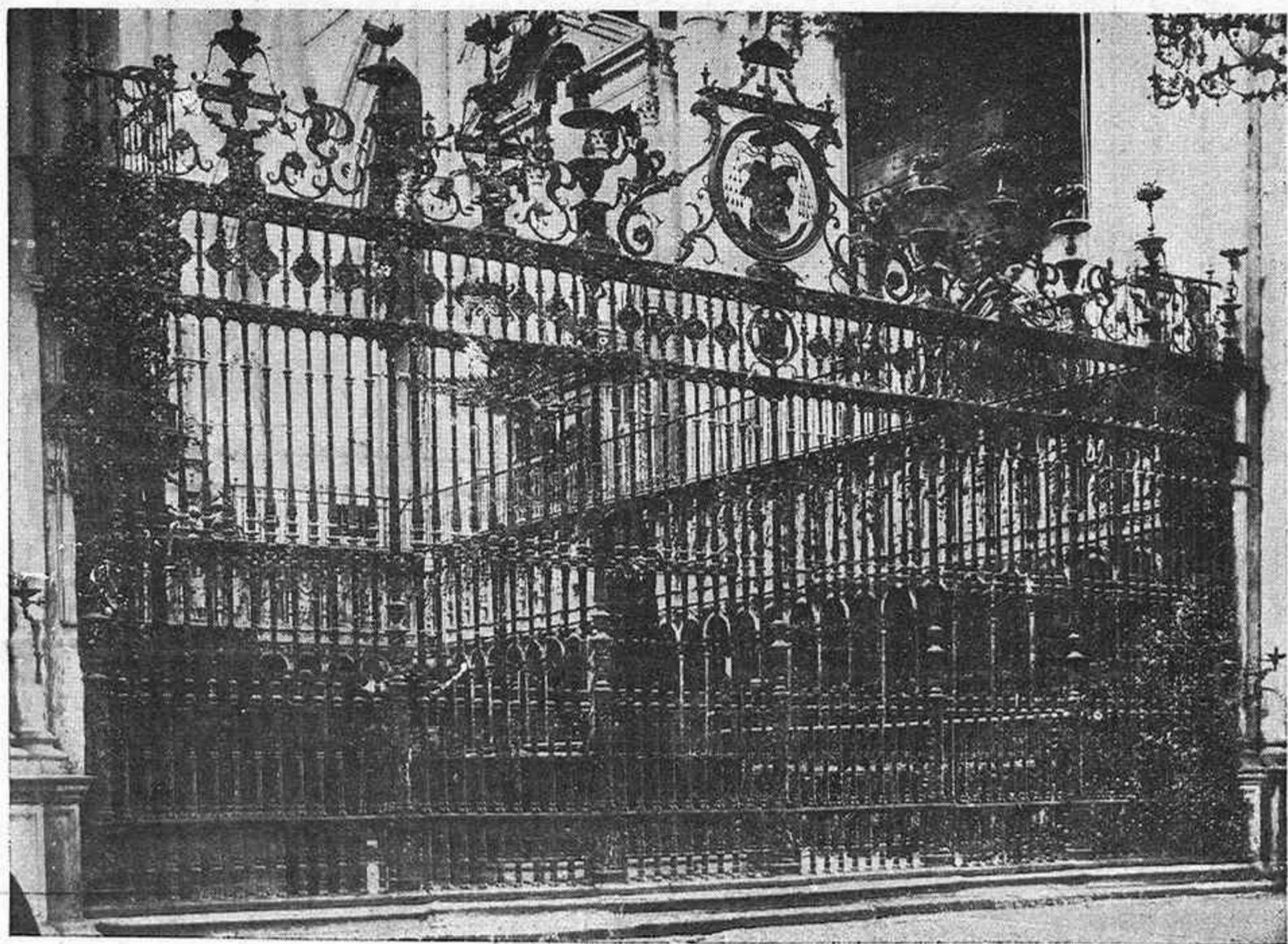
Octubre de 1926

Núm. 16

DEL TESORO ARTÍSTICO ESPAÑOL

FIESTAS DE ARTE Y DE FE, EN LA PRIMADA DE LAS ESPAÑAS

POR SANTIAGO CAMARASA



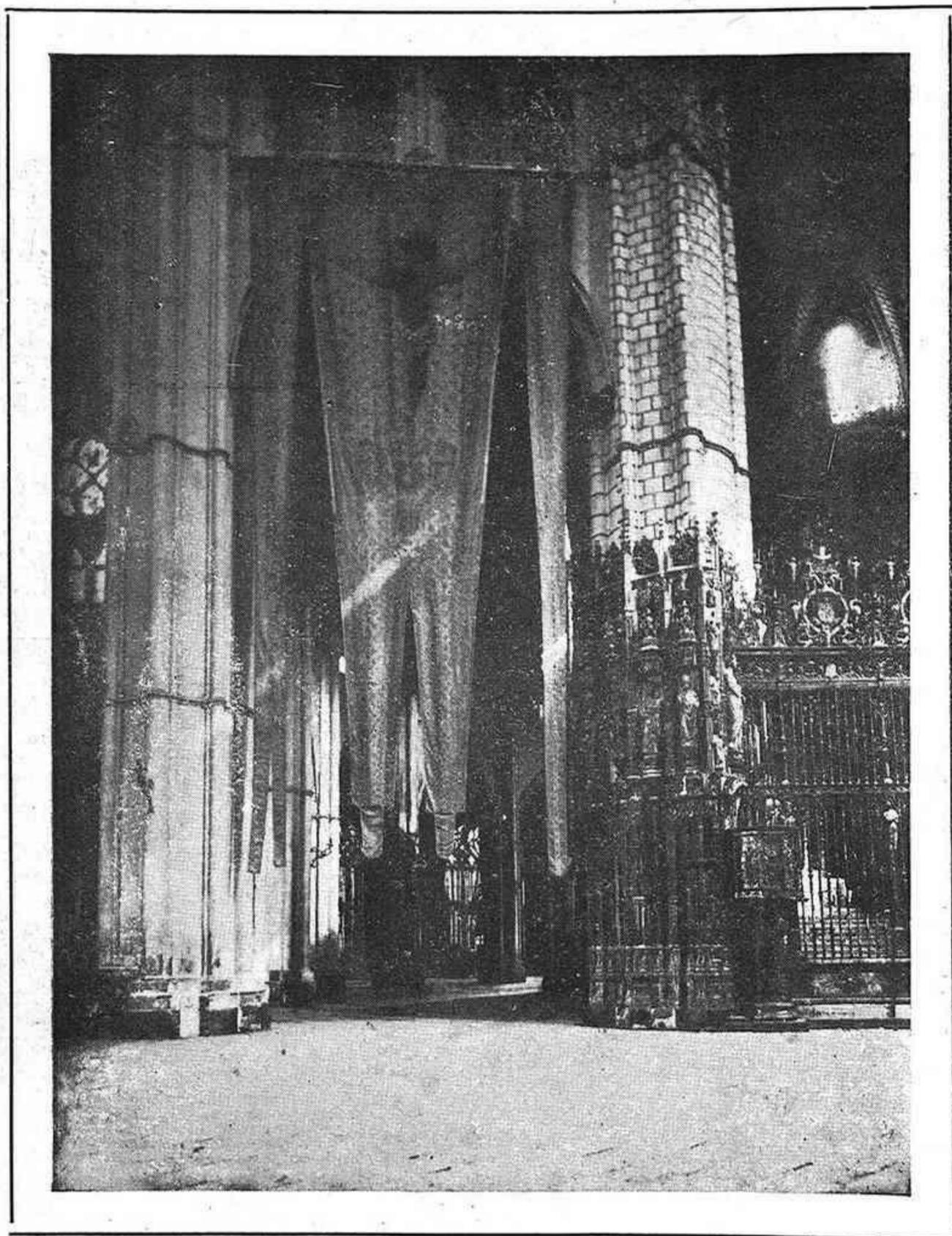
EL CORO DEL CABILDO PRIMADO

Al conmemorarse la fausta fecha del VII centenario de la Catedral Primada, toda la nación española, ha respondido interesada y entusiasta, uniéndose a esta solemnidad.

Solemnidad doblemente importante,

por haber sido celebrada con un congreso eucarístico nacional.

Se trata de la conmemoración de una efeméride interesantísima, de las más importantes de la historia patria, rindiendo un merecido homenaje a



LAS NAVES DE LA CATEDRAL CON LAS BANDERAS DE LEPANTO

aquel Santo Rey Don Fernando III y al ilustre arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada, que en el año 1226, «pensando que los tuvieron por locos», pusieron la primera piedra de la actual catedral, sobre el mismo lugar donde

estuvo el primer templo católico español, fundado por San Eugenio en el año 93, lleno de recuerdos preciados entre los que se destacan el memorable hecho de que en el año 606 descendiera la propia Virgen, para impo-

ner la casulla a San Ildefonso y abrazar a la imagen de Santa María de Toledo, que se hallaba en el retablo mayor.

A tan significados valores históricos, además de ser el lugar donde se celebraron varios de los famosos Concilios toledanos, con otros muchos que omitimos, únese su maravilloso caudal artístico; su gran tesoro, el más grande y más rico de todos los templos del mundo.

Podrá haber quien le iguale en rejería o en escultura, o en vidriería, o en ornamentos, o en ropas, o en cuadros, o en tallas, o en miniaturas, o en encajes, o en otras manifestaciones artísticas, pero quien de todo, absolutamente de todo esto, tenga colecciones espléndidas en cifra y en ejemplares, como tiene la Primada, podemos afirmar rotundamente que no.

La Catedral Primada, es también el monumento primado, histórica y artísticamente considerado.

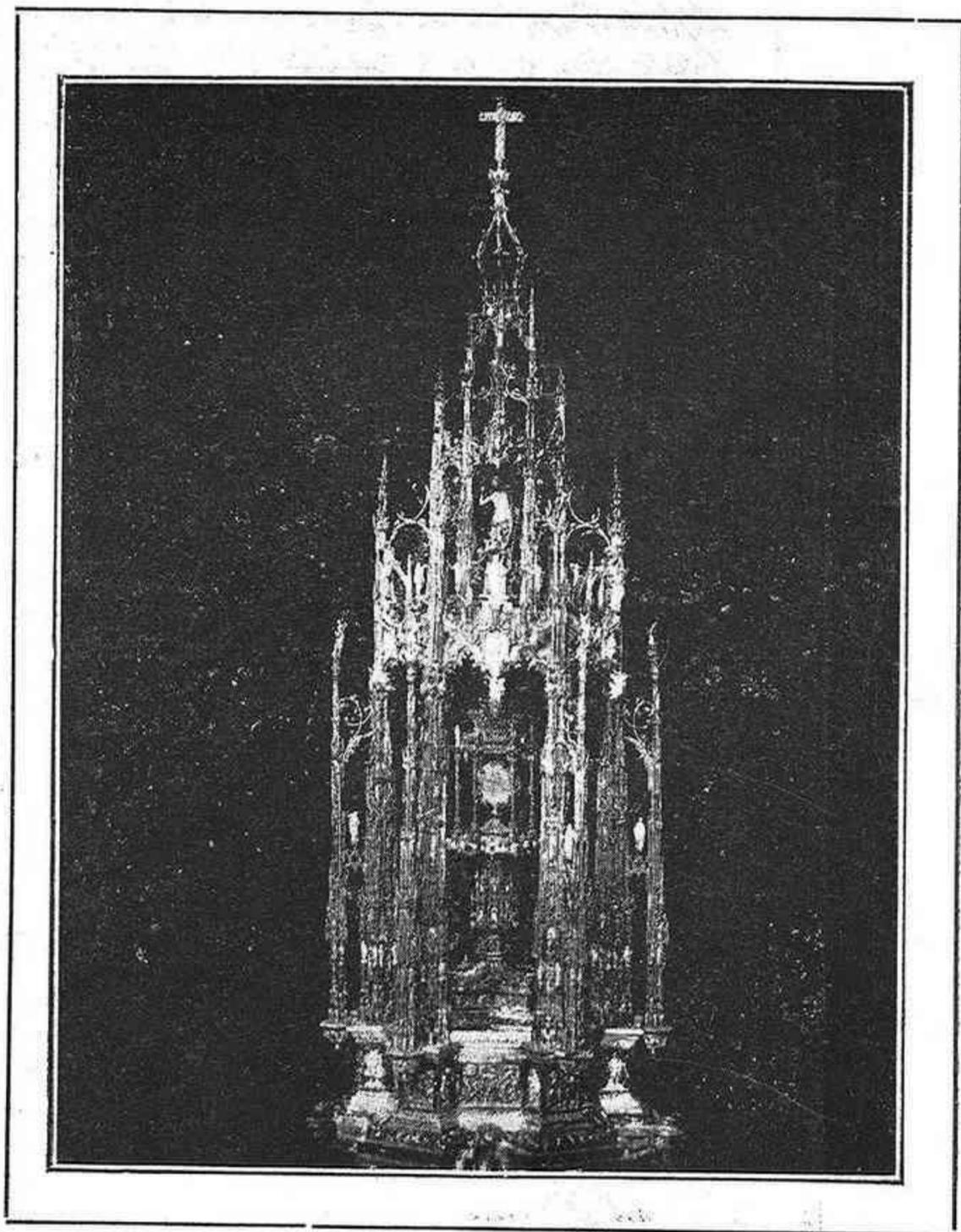
Primacías ambas, que se han singularizado más y más en estos días, en los que con motivo del referido Congreso, varios, muchos miles de forasteros, han sentido el inmenso valor de esas enormes naves; han visto el grandioso espectáculo que ofrece el templo todo, pletórico de arte y de belleza exquisita.

La Primada era el marco obligado para un Congreso Eucarístico: ningún lugar mejor que esta asamblea espiritual, que esta asamblea de fe.

Ningún escenario mejor que esta magna Catedral, que esta iglesia, la

más antigua de la raza española, para congregarse los suyos y laborar por ella misma: por la Iglesia Católica.

Así han respondido los resultados del Congreso, constituyendo todos sus actos: sus ceremonias en la Catedral con la magnificencia acostumbrada del Cabildo, la interesante misa mozára-



LA CUSTODIA (SIGLO XVI) DE ENRIQUE DE ARFE

be, la grandiosa procesión con la Custodia de Arfe, la maravilla más grande de la orfebrería mundial; la notable exposición eucarística diocesana, la admirable ampliación de los museos catedralicios, y los tantos otros actos celebrados con asistencia de todos los prelados españoles, congresistas y público; el éxito más grande, más definitivo.

La Catedral, y con la Catedral Toledo, ha triunfado nuevamente; pero esta vez el triunfo tiene mayores y más gratas significaciones. Toledo no es sólo la ciudad monumental, sino tam-

bién la ciudad mística y creyente; la ciudad romántica por excelencia, que vive lo bello y cree en lo más sublime.

Santiago Camarasa

Toledo 26-10-926.



Detalle representando a Córdoba, de un artístico pergamino dedicado al General Primo de Rivera por los agricultores de las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla. La filigrana del miniado primoroso es obra de D. Rafael Bernier

ZARAGOZA

DESPUÉS DE LAS "FIESTAS DEL PILAR"

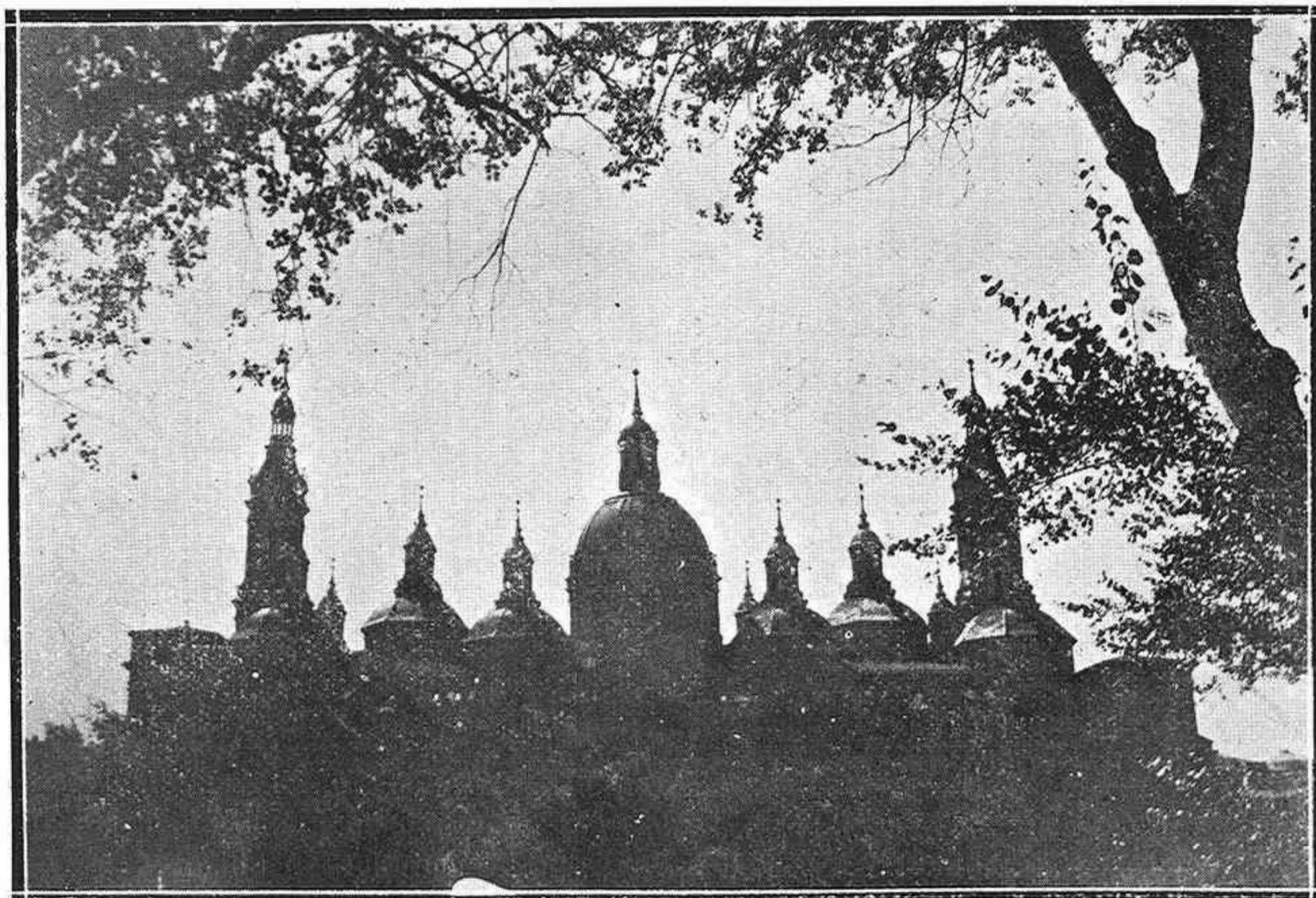
POR FERNANDO LUNA

ZARAGOZA acaba de celebrar sus *tradicionales* «Fiestas del Pilar».

Asentada en una feraz llanura y atravesada por el caudaloso y *evocador* Ebro, la capital aragonesa reúne inmejorables condiciones para ser una de las primeras capitales de España.

De la pureza de su cielo azul, habla mejor que nadie Louis Bertrand, ilustre académico francés, en una breve pero elocuente y bella crónica: «Llegado a la mitad del Puente Nuevo de Nuestra Señora del Pilar, vuelto hacia Poniente, contemplo delante de mí el más

bello espectáculo que me será dado admirar en toda mi vida. A mi entender, nada hay más bello en Zaragoza; este espectáculo, es el más interesante de la Ciudad. Pero para crear esta belleza, es preciso hallar la colaboración de la luz—una bendita luz que no es posible ver quizá en otro sitio que en Louqsor o en las cercanías de las grandes Dunas del Sahara—; es preciso también el plateado espejo del Ebro que copia bellas arquitecturas maravillosamente emplazadas y la feliz curva del río, que da un carácter y un acento únicos a todo el paisaje. Todas es-



BELLA VISTA DEL SANTO TEMPLO METROPOLITANO DE NTRA. SRA. DEL PILAR

tas cosas excepcionales son precisas para crear la deslumbradora belleza del crepúsculo de Zaragoza».

En lo histórico, pocas son las poblaciones que pueden enorgullecerse de haber realizado hechos tan brillantes y heroicos como Za-



FIEL RETRATO DE LA IMAGEN DE NTRA. SRA. DEL PILAR

ragoza y bien merecido tiene el real nombre de Inmortal que a fuerza de hechos tan sublimes ha conquistado.

El forastero que por primera vez viene a Zaragoza, tiene aún mucho que ver y admirar: La Basílica de Ntra. Sra. del Pilar, cuna y sostén de la fe española; la Catedral de La Seo, de soberana disposición en su fábrica; el severo edificio de la Casa Lonja; el Palacio de la Audiencia, antigua residencia de los Lunas, de incomparable y clásico estilo; la Iglesia de San Pablo, de espiritual grande-

za; el Castillo de la Aljafería, con su mezquita única y sus arcesonados majestuosos; la Puerta del Carmen, gloriosa página de nuestra historia; el museo Provincial, con magníficos Goyas y primitivos aragoneses, sección de arqueología y etnografía, donde la Casa Ausona constituye joya inestimable.

El encanto inesperado de los rincones típicos que surgen a cada paso: el Arco del Deán, de tunecino aspecto; el de los Cartujos, el Barrio del Boterón, con su intrincada red de callejuelas solitarias; la Plaza del Reino, el Convento de San Nicolás; La Magdalena, el soberbio Mercado público que desde las primeras horas del día se anima y llena de compradores y vendedores; las arboledas del otro lado del río, que prometen en su abundancia parques incomparables; el Cabezo de Buena Vista, desde donde se divisa buena parte de la vega ubérrima; el Canal Imperial que abastece la población y fertiliza los campos y las huertas...

Dos notas debo añadir solamente, porque no puedo resistir a no exponerlas. Una de ellas es el Rosario del Pilar, inconfundible y singularísimo, por ser único en el mundo. Lo forman unos 400 faroles, representando los misterios y oraciones. Sale el 13 de octubre, al anochecer, con su magnificencia y esplendor, acompañado de pasos monumentales, alumbrados profusamente. Hace un efecto fantástico, similar el que pueda sugerir el paso de las cofradías por las calles de Sevilla, en Semana Santa.

Y la otra son los Gigantes y Cabezudos que han sido popularizados en la zarzuela del mismo nombre, de Echegaray y Caballero; no necesitan presentación expresa. Van en la esencia íntima de cada vecino, en la comunidad de afectos que crea la Ciudad. Van ligados a los recuerdos infantiles como las primeras letras, porque fueron nuestro

mejor juguete, el motivo de nuestra más franca alegría. Además, los Gigantes, tienen algo de evocador e histórico. En ellos están representados, el Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, su amada Dulcinea y Alfonso I el Batallador, el conquistador de Zaragoza.

De todos los españoles es sabida la tradición que encierra el templo del Pilar.

Era el 2 de Enero del año 40, cuando al Apóstol Santiago, estando orando a las orillas del Ebro, se le apareció la Santísima Virgen en carne mortal, mandándole que, en el mismo lugar donde él se hallaba, edificase una Capilla y que dentro de ella, se adorase su imagen sobre un pilar.

Santiago mandó construir una sencilla capilla que con el tiempo desapareció, para hacer en su lugar un templo que tampoco subsistió, hasta llegar al actual, imponente y de severo aspecto por dentro y de magnífica vista exterior.

Actualmente y desde hace muchísimo tiempo, se acometen en él grandes reformas de consolidación.

Penoso sería enumerar todas las reliquias que guarda en su precioso y riquísimo joyero, testimonio de admiración general que hacia nuestra Patrona se siente.

A los ojos del patriota hace saltar lágrimas de emoción ver las banderas respectivas de las jóvenes repúblicas americanas, pedazos de España, que un 12 de Octubre, quisieron glorificar a la madre Patria, en la Fiesta de la Virgen del Pilar y de la Raza, agrupando sus sagradas insignias en torno de la santa Capilla.

* * *

Zaragoza, con sus hermosos y floridos jardines, sus amplias calles, sus magníficos paseos, sus soberbios edificios, su Agricultura, Industria y Comercio, es un trozo de España, que laborando para sí, labora en la obra de reconstrucción nacional emprendida felizmente de poco tiempo a esta parte.

Hoy día, atrae la atención pública con el establecimiento en nuestra Ciudad de la Academia General Militar, cuyas obras han empezado ya, así como las de la canalización del Ebro hasta Caspe, magna obra hidráulica, de incalculables beneficios para la riqueza nacional, y el Campo Central de Aviación, que



ARAGÓN TÍPICO. FINAL DE LA JOTA

anexo a la futura Academia ha de instalarse también.

No hace mucho se inauguró la nueva y gran Casa Central de Correos y Telégrafos, y muy en breve se abrirá al público el soberbio edificio que la Compañía Telefónica Nacional de España ha construido para la nueva Central.

Y por último, el famoso ferrocarril del Canfranc, después de muchísimos años de paralizaciones y lentos trabajos, va a ser inaugurado en 1928, gracias a la tenacidad de Aragón.

Fernando Luna

Octubre, 1926.

(Fotos del autor)



EL INSIGNE NOVELISTA ESPAÑOL D. ANTONIO REYES HUERTAS

A fuerza de muchas solicitudes, podemos hoy honrar las páginas de LETRAS REGIONALES con el retrato de D. Antonio Reyes Huertas, el ilustre literato; extremeño, por sus admirables novelas de costumbres de su región, y español por la altura de su arte, que traspasa el interés local, para llamar justamente la atención del gran público. El autor de «La Sangre de la Raza», de «Fuente Serena», «Agua de Turbión», «Blasón de almas», y varias obras más, llenas de supremas elegancias de lenguaje, de profunda ternura, de fuerte naturalidad vigorosa y apacible, dulce y sana como fruto jugoso de tierra fértil y bien cultivada, a pesar de su modestia, a pesar de su aislamiento de tertulias, academias y redacciones, donde se fabrican éxitos y

consagraciones artísticas; desde el apartado rincón de su pueblo de Extremadura, ve cómo se agotan las ediciones de sus libros y cómo, si no llegan con frecuencia aplausos y estímulos de críticos literarios, casi a diario el correo hace llegar el aplauso más fervoroso y cordial de los lectores de dentro y fuera de Extremadura, que emocionados leyendo las obras de Reyes Huertas, van a él con la efusión de sus cartas, unas sabias y disquisitivas, otras ingenuas, todas alentadoras para el que así ve recompensada su labor; modesta, desinteresada para el que la ejerce, y meritísima para quien tiene la fortuna de conocerla.

Varias veces hemos publicado en estas páginas de LETRAS REGIONALES producciones debidas a la pluma de nuestro insigne colaborador. Hoy damos a conocer las primicias de una novela inédita—«La Torre de los Vientos»—, conque quiere regalar a nuestros suscriptores Reyes Huertas. Este hombre bueno y genial, a quien sus paisanos deben un homenaje muy grande y muy merecido, por lo que honra y enorgullece a Extremadura, como hijo preclaro, quien a Extremadura da íntegro el tesoro de su arte excepcional en bellas páginas, relevanles en la literatura contemporánea.

LA TORRE DE LOS VIENTOS

(SOLILOQUIOS, MIXTIFICACIONES Y AVENTURAS DEL DR. BALDIU)

POR ANTONIO REYES HUERTAS

DESDE entonces, Baldíu, se dedicó a hacer observaciones acerca de la interesante vecina que, a la entrada y salida de las clases, solía ver puesta en el balcón con aire distraído y melancólico. Atraía al profesor esta figura, llena de salud, apetitosa y fresca, ya en plena sazón de edad, para ser lo que se llama una mujer hecha y cumplida. Juzgaba él que pudiera tener treinta años y anotó que era contorneada de rostro, algo robusta, morena, de cabellos castaños y grandes ojos oscuros.

Saludaba siempre Baldíu, quitándose el sombrero, y daba a su voz una inflexión teñida de interés y de curiosidad, como si expresar quisiera la promesa de una amistad íntima y perdurable. Ella contestaba al saludo con las mismas palabras del doctor: «buenos días» o «buenas tardes». No volvían después a mirarse y Baldíu desaparecía de la puerta del Instituto, y ella quedaba en la baranda del balcón, sumida en el silencio de la calle.

Pero una tarde, observó el catedrático, que la vecina contestó a su saludo, añadiendo a la fórmula una palabra nueva:

—¡Buenas tardes, don Manuel!

Era un aditamento agradable, porque esto significaba que a la interesante espectadora, no le había pasado inadvertido el nombre del profesor, que re-

petían a su paso los alumnos, destocándose la cabeza y cediéndole la acera.

—Una mujer—pensó—que a los pocos días de verme, sabe cuál es mi nombre y me lo dice, es una mujer a quien no inspiro un sentimiento desagradable. Todas las lenguas tienen una porción de vocablos, dedicados a expresar los movimientos cordiales de un modo especial. A un individuo que nos produce antipatía, casi nunca le llamamos por su nombre. Nos referimos a él, y decimos «ese caballero» «ese tipo»; o bien, simplemente: «¡ese!».

Otra tarde, la respuesta al saludo, varió de forma:

—¡Buenas tardes, señor Baldíu!

Y subieron un poco de punto las especulaciones metafísicas del doctor.

—Juzgo—razonó—que voy ganando en sus simpatías. La substitución del nombre por el apellido, indica un grado más hondo del conocimiento.

Desde luego que éste puede fundarse en una simple curiosidad; pero una curiosidad que traspasa los límites del nombre y entra en los del apellido, es una curiosidad que nace de un sentimiento, por algo que nos es interesante, en particular. Mas este interés puede excitar de dos modos nuestra sensibilidad: o por algo que nos es grato y proporcionado de suyo, o por algo cuya ausencia de armonía nos haga

ver lo grato de nuestra íntima proporción. En el primer caso, tendremos el interés de la complacencia: en el segundo iremos al de la antipatía, que es una especie de aquello que llamaban los escolásticos *horror al vacío*. Cuál interés sea el que yo inspiré a esa señorita se adivinaría, viendo que me sonrío, y sabiendo que la sonrisa no es producto espontáneo de la aversión.

Pero otra tarde la cortés respuesta de la vecina se tornó más concisa:

—¡Buenas tardes, Baldú!

Y el catedrático quedó al pronto desorientado; luego penso:

—En la escala de los afectos las lenguas siguen un orden inverso al de los sentimientos que expresan. Al mayor afecto, menos palabras. Una persona que nos quiere dar una muestra de su aprecio, y a quien nombramos por ejemplo «don Luís» o «señor Pérez», enseguida nos dice: «¡llámame sólo Luís, o Pérez!» Como se ve, a la supresión de palabras se atribuye un sentido más cariñoso y más íntimo. Por el contrario, cuando tenemos antipatía a una persona y la tuteamos, quisiéramos en realidad, tratarla de usted, para poner más distancia en nuestra convivencia. El respeto, en lo que llamamos forma de urbanidad, no es en el fondo más que la antipatía del más fuerte al más débil, reducida a fórmulas de tratamiento. Yo creo, que los pronombres de respeto, como *excelentísimo señor, usía*, etc., los inventó algún rábula, que soñó con ser mandarín, para vengarse en un caso con los humildes, de la antipatía, que a él, por haber sido débil, le tuvieron antes los fuertes.

Con estos motivos, siguió Baldú echando a volar su fantasía, y sacando materiales de su cantera, hasta que un día, intrigado por la solución de un difícil soliloquio, desconcertó a Gaspar, el bedel, con estas preguntas:

—La vecina de enfrente, que toca todas las tardes el piano y que por lo visto me conoce ¿quién es? ¿Cómo se llama? ¿Es soltera, es casada, o es viuda?

Gaspar, que dió a estas preguntas del catedrático una significación importante, le esperó a la salida de la clase. Se había informado y sacó un papel escrito con una letra que Baldú calificó al punto de procesal.

—«Se llama Balbina. Es hija de un coronel que ya ha muerto. Vive con su madre que cobra una pensión... Es soltera... La edad no ha podido averiguarse, por haber pasado de los veinte años...»

—¡Bien, Gaspar!—contestó Baldú sonriendo—veo que eres un excelente bedel, discreto y sabio, y hasta con ribetes de pícaro. Si, encima de eso, sabes leer bien las calificaciones de los exámenes, serás una institución venerable en este centro y te ganarás muy buenas propinas.

Gaspar se echó a reír.

—¡Qué ocurrencias tiene usted, don Manuel! Siempre del mismo humor y siempre sacando punta a las cosas!...

—¡Ah! no lo tomes a broma! Un buen bedel ha de preocuparse de los detalles más insignificantes de su cargo. Un bedel adocenado coge, por ejemplo, las notas en esos momentos temibles en que tantas cabecitas están llenas de tragedia, y empieza a leer las

calificaciones. Dice en alta voz los sobresalientes, los notables y los aprobados y al llegar un suspenso, lo más que se le ocurre es leer el nombre y entregar la papeleta en silencio. ¿Crees que ha conseguido algo con ésto? ¡Absolutamente nada! Todo el mundo se da cuenta de que ese escamoteo significa algo desagradable. El mismo alumno si pudiera pincharía al bedel para que hablase. Pero un buen bedel, al llegar a un suspenso, en vez de callarse, levanta la papeleta y dice sonriendo: «¡vamos, hombre!»; y los que le oyen interpretan «¡al fin lo aprobaron!». El chico agradece esta discreción y la paga luego con una propina. Después siempre le queda al buen bedel el recurso de dar a su frase el doble sentido que daba a las suyas el oráculo de Delfos. El «¡vamos, hombre!» puede significar también: «¡vamos, hombre, qué ocurrencia han tenido esos señores de hacerte repetir el curso!»! El bedel, como ves, queda siempre bien y no hay temor de que padezca nunca en seriedad.

Dicho esto, salió el doctor a la calle y al observar a la mujer del balcón mirándole franca y amable, se creyó en el caso de añadir él por primera vez algo a su saludo.

—¡Buenas tardes, señorita!

—¡Adiós, Baldíu!

Era ya la consagración rotunda y definitiva de la amistad. El catedrático sintió que una emoción indefinible hacía íntimo y dulce el significado de su apellido. Experimentaba esa sensación de remozamiento que se produce en un viejo cuando le tutea un niño y le pareció que le inundaban nuevas energías

físicas. Pues no estaría viejo, cuando así lo decía Isabelita y cuando una mujer como ésta del balcón, fresca y opulenta, le igualaba en su amistad, suprimiendo los tratamientos.

Con esta turbación desembocó Baldíu en la plaza de Minayo. No vió al chantre en el paseo de San Francisco e, interpretando se hubiese adelantado, prosiguió a paso lento por el antepecho de las murallas. Na le halló tampoco aquí y esta tarde Baldíu, con un raro deseo de andar, salió por la puerta de las Palmas y atravesó el puente contemplando la quietud transparente del río.

Casi apetecía ahora caminar solo, suavizando en el aire un poco frío, aquel rubor interno que le encendía el rostro y le sofocaba. Por huír ya del contacto de los que pudieran conocerle y acompañarle, apartóse a la salida del puente y subió poco a poco al fuerte de San Cristóbal. Ya allí, no pudo sustraerse a la contemplación de la campiña. Badajoz alzaba de frente los modernos edificios, con una presunción barroca de cemento gris. Sólo al extremo del Castillo, las casas tenían esa gracia blanca y risueña de la cal. A los pies del cerro el Guadiana, verde, silencioso y profundo, parecía detenerse a mirar el cielo tan alto y tan puro. Los ojos del puente eran ahora, con los reflejos del sol, círculos verticales que entrasen en las aguas y completaran ese trazo ideal que siempre falta a los arcos de los puentes para ser pupilas del río.

Ensancho Baldíu sus pulmones. De todo el paisaje llano y abierto, fluía algo fuerte y hondo, como esa sensa-

ción que produce la presencia del mar. No pudo evitar el catedrático al ensueño, y se imaginó a Badajoz convertida en puerto del Atlántico. Veía una inmensa masa azul tendida como un lienzo gigantesco, hasta tocar las remotas lejanías de las tierras de los conquistadores. Y el propio Baldíu, convertido en un dios mitológico del dinero, capaz de sobrevivir y gozar el espectáculo incomparable de un mundo maravilloso alumbrado por los resplandores y placeres de una inmensa civilización.

Despertó un poco y sonrió:

—¿Para qué tanto? He aquí que yo me conformo con bien poco. Dos hectáreas de tierra en la cima de este monte. Desde aquí vería el mar en los días borrascosos. Sería magnífico contemplar olas como montañas coronadas de crespas cabelleras de espumas. En las tardes serenas, la bahía será una cosa ideal. Se respirará el olor de yodo y sal de las algas, y volarán sobre las velas las gaviotas. Mi casa estará rodeada de árboles, y el ánimo en disposición de recitar el *Beatus ille* de Horacio.

Ya no acabó de llevar a último término sus fantasías. La asociación de ideas, trájole ahora el recuerdo de cosas reales. El ideal campesino lo imaginó ahora en aquella finquita que fué de sus padres y a la que tanto amaron todos en aquel pueblo donde Baldíu vió discurrir su niñez. Era un pedazo de tierra plantada de olivos. La bordeaba un río y en sus riberas, había filas de álamos y pomposas matas de mimbres. ¡Ah, cómo recordaba el sitio de todos los árboles! El olivo que estaba junto a la ventana de la casa y

daba en todas las cosechas unas aceitunas gordas y amarillas, que después aliñaba su madre para todo el año! El peral de don Guindo que arqueaba sus ramas y parecía encendido de llamas rojas, y la higuera que entraba sus raíces en el pozo. Tenía aquella tierra una fisonomía especial, un aire inconfundible de apego y de ternura. Hablaba aquella tierra y aun le parecía a Baldíu oír su extrañable voz llamándole a su regazo.

¡Cómo pasaba el tiempo! Cerca de cincuenta años ya entre estas memorias y aquellos días! Ahora sentía una tristeza recóndita resbalar invadiéndole los rincones del alma. El desvanecimiento del pasado, le dejaba el sabor nostálgico de lo que pudo ser su felicidad. ¡Y qué pesada se le hacía ahora esta cátedra y qué duras sus obligaciones! ¡Día tras día, en estas aulas destartadas uncido a una tarea engorrosa, monótona, sin sentido ideal, entre chicos en quienes apenas alboreaba la comprensión! ¡Y estudiar doce años para esto!

—¿Pero por qué acongojarme ya?— se preguntó aventando con un esfuerzo la carga de desalientos—. Pensemos como los estoicos que la resignación puede ser la venganza contra los dioses, y hagamos de la vida una manzana que hemos de comer sin sazón. Ya que ha de estar agria, veamos en ella la cantidad de fósforo asimilable. Una sentencia de Epicteto estará mejor rociada con un poco de sal de Epicuro.

Se levantó y caminando despacio volvió a contemplar, ahora sin sugerencias fantásticas, la vega fecunda lle-

na de blancos caseríos. Tenían las tierras un color obscuro, de sementera nueva. El río se poblaba de rumores con los barcos que cruzaban cargados de campesinos. Y los cornetas militares ponían de lejos en las pausas de silencio un agudo timbre de atención.

Llegaba entonces Baldíu a la carretera y se halló como poseído de la mansedumbre con que quería morir el crepúsculo. Contempló el cielo todavía claro sobre las cúpulas cenicientas de la ciudad. Oyó el chapoteo de los remos de una barca y una canción de romería. Y vino a turbarle de súbito la carrera desenfrenada de un automóvil que le echó encima una nube de polvo... Cuando la carretera quedó de nuevo visible, se encontró al borde de una empalizada que cerraba un predio de erial. Baldíu leyó un rótulo pintado de blanco: *Se vende este cercado. Para tratar, con Ramón Pulido. Plaza Alta.*

Detúvose, acometido de repente por otro cálculo ideal. Era pequeña y en declive la cerca. La atravesaba el canal de aguas potables y tenía ese color bermejo de las tierras arcillosas que parecen fértiles. Y otra vez soñó de nuevo, pero sobre estos datos reales.

—He aquí que, si estuviera al alcance de mis medios, no me disgustaría poseer esta tierrecita. Tiene un buen emplazamiento y distará un kilómetro apenas de Badajoz. Una casita ahí en lo más alto estaría muy bien. Podría mirar a estas horas el río viendo esas barcas en las que cantan las mozas y los barqueros como en las leyendas del Rhin. Desde aquí podría ir

a la ciudad a dar mis clases y retornar con un buen libro que leería bajo la guirnalda de una madreSelva.

Ya desató los hilos de los soliloquios, viendo el futuro.

—Plantaré olivos que son árboles que tienen una tradición noble y literaria desde los poetas griegos y latinos. Un cirolero claudio, como aquel del que poníamos a pasar las frutas que descolgaba mi madre en la Nochebuena. Y una higuera. Una higuera tiene un aspecto decorativo entre los olivos y hace resaltar su verde jugoso con una tradición bíblica y olorosa. ¡Qué ricos eran aquellos higos de nuestra huerta! Yo los cogía por las mañanas húmedos de rocío, y mi padre me advertía sonriendo: «¡cómelos con pan!»

Desconsoló por esto enseguida. Se vió de nuevo solo, desgraciado, perdido en el centro de su corazón. Esta soledad la refirió ahora a la otra soledad que tendría viviendo en este campo ausente de todos los afectos comunicativos. La conversación era para él como para los romanos: el placer de los dioses. Un frío informe, llenaría de humedad y desabrimiento el silencio de aquella casa y aquellos árboles. ¡Si el hubiese llegado joven!

Mas, sin saber cómo, se halló de repente eontemplando la imagen de una mujer. Su rostro, gracioso y moreno, de ojos grandes y oscuros, le miraban con una ternura blanda y agradecida. Y oía su voz agradable y alentadora: ¡Buenas tardes, don Manuel, buenas tardes, señor Baldíu... buenas tardes, Baldíu... adiós, Baldíu!»

Como si en realidad le llamase esa voz despertó el doctor de este éxtasis

plácido que por primera vez en su vida abría las puertas de su corazón a una vaga y dulce inquietud. Sonrió ahora con esa sonrisa bondadosa y patriarcal que tenía en los instantes en que se hallaba feliz, y acaricióse la barbilla con cierta complacencia.

—¡Balbina!—exclamó para sí.—Se llama Balbina y está soltera... Adivino por los rasgos de su hermosura atractiva que puede ser una buena madre... ¡Cosa rara! Aseguraría que antes de saber que se llamaba Balbina este nombre resultaba para mí ciertamente antipático. Esa *B* tan rotunda hubiera jurado que era la figura de una mujer de pechos altos y abultado vientre, apta para ser nodriza o posadera de mozos de mulas. Y he aquí que ahora Balbina me parece un nombre fino y distinguido. Tengo, por ésto, que los nombres no son en sí bonitos ni feos, sino que asociamos su impresión al recuerdo que tenemos de la primera persona en quien los vimos puestos. Eduvigis, por ejemplo, es un nombre que fonéticamente debe ser más feo que Lucía. La repetición de la *i* en Eduvigis, engendra un hiato cacofónico que evita en cambio la *a* final de Lucía. Pues siempre me pareció el primero bonito y el segundo horrible. La primera Eduvigis que yo conocí, era una niña dulce y sentimental que siempre estaba triste y que murió suave y florida; y la primera Lucía que vieron mis ojos, fué una moza de servir que tu-

vimos en Madrid en una casa de huéspedes y que era roma de cuerpo y dos veces roma de espíritu.

Enseguida observó que sus ideas se llenaban de confusiones.

—Indudablemente que vivimos sin estar nunca ciertos de la objetividad. Un coronel, por ejemplo, me resultó siempre una cosa muy seria. No tenía de él otra impresión que la de un hombre cuyo fin único era reñir con otros hombres. Una fuerza matemática, armada de sable y de pistola, que batía el pavimento, haciendo ruido con las espuelas y a quien veía de lejos el centinela de un cuartel y daba una voz, salía la guardia, empuñaba las armas, sonaba tres veces el cornetín y el oficial levantaba su sable como si cortara la cabeza a algún gigante aéreo. ¡Una cosa terrible! Y ahora, me parece que hubo un coronel que era un señor bondadoso e inofensivo, que iba a su casa, tenía una mujer solícita, y ponía en sus rodillas para que le tirase de la barba, a una niña morena y graciosa que se llamaba Balbina...

Cuando Baldú se dió cuenta de sí mismo, estaba ya en la plaza de San Juan. Se habían encendido las luces, aturdía el barullo de los paseantes y le llamaba una voz desde la puerta iluminada de la librería...

Antonio Reyes Huertas.

Capítulo de la novela «La Torre de los Vientos», que se publicará en breve)

CUADROS MADRILEÑOS

LUCHA DE CLASES

POR CURRO VARGAS

LA señora Carlota dormita en el chitril de su portería, muy arrebu-
jada en un toquillón negro. De vez en
vez se despereza, mueve el brasero, le
dice una frase cariñosa al gato, que
duerme hecho un ovillo en la tarima,
y... se acurruca nuevamente en el so-
fá, entornando los párpados con un
gesto beatífico. De súbito se oyen unos
golpes en los cristales. La señora Car-
lota se despierta con azoramiento, cre-
yendo que es el administrador.

—No se asuste, usted, tía, que es...
una servidorcita!—ha exclamado ale-
gre una muchacha morena, esbelta,
garbosa, de pasito menudo y talle
juncal.

—Pero... eres tú!

—A ver! Salgo ahora mismito del
obrador, tenía que comprar una cosa
en una tienda de estos barrios, y me
he dicho: voy a acercarme a hacerle
una visita a la tía Carlota... Camará y
qué calentita está la «porte»! Está ésto
de calefacción que ni... el Ritz! Vaya
vida que se da usted!...

—Una vida... «superior»! Ay, chica,
cómo se conoce que no has sido por-
tera nunca!

—No me seduce el cargo, la verdad;
pero hay otras profesiones peores! Por
ejemplo, la mía... Mire usted que ten-
go una maestra de esas pelmas y ordi-
narias que... pa qué!

—Ordinaria, dices?

—Usté verá! Como que dice «haiga»
e «ivierno», y le gusta el guisao! Uf!

—Es que tú, Valentina, no serás
quien has salío en eso de lo fino!... Pe-
ro sí que es verdad que estás en todo!

—En todo, no, señora!... Lo que pa-
sa es que comprendo que lo fino no
quita a lo valiente. Un suponer, una
modista: ¿Por qué no ha de ir una a la
moda en lo que cabe, y no ha de pro-
nunciar como es debido, y no ha de
leer la Prensa? Ya ve usted, la Prensa
enseña mucho, se entera una de la mar
de cosas, sabe usted nombres del ex-
tranjero y todos los acontecimientos
que ocurren!

—Y con tó eso... qué!

—Pues... ná! Que no es una un ce-
rrojo, y que distingue... de colores! A
mí en casa me dan la lata con que si
me las doy de «señorita», con que si
presumo de elegante, con que si me
voy a casar con el duque de «M'alegro
verte bueno»... con que si fué y si vi-
no. Pero cada uno es como es, tía! Y
yo soy así...

—Es el sino de la criatura, no hay
que darle vueltas. A ti te priva lo fino-
lis, aunque tu padre se marea de chulo,
y tu madre es una chamberilera de
mantón. Y cá cual lo que le solaza!

—Ahí tiene usted un término muy
bien dicho, tía Carlota!

—Cuálo!

—Eso de «solaza».

—Es extranjero?

—No, señora. Digo, yo creo que no es de extranjis. Pero está bien. Como que lo he leído no hace mucho en una novela ilustrá!

—Pues, chica, me ha salido sin pensarlo! Ni siquiera me he fijao! De esas cosas que pasan...

—A ver, lo ha dicho usted... sin saber lo que decía!

—Oye, tú, eso tampoco! Yo sé lo que digo! Pues ni que estuviera una para que la diera el amoniaco!... O mochales de la cabeza! Pues anda, que sí que te pones tú tonta con la Gramática!

—No se enfade usted!... Ha sido un decir que se dice! Además que, usted, tía, es de otros tiempos, y en otros tiempos ya se sabe lo que era el proletariado...

—Proleta... qué? Mira, mira, apea esos «diplogos», y no me vengas a mí con música de aire!... Lo menos te has creído que me vas a hacer un taco con toda esa presodia modernista que te traes! A mí, tú!... Párbula! Y mira si te oye mi Felipe! Pa qué!...

—Anda, y es verdad que no le he preguntado a usted por él! Sigue tan loco como de costumbre?

—Sí, hija, sí! Entodavía más loco!

—¡Qué lástima de chico!... Porque vamos, como persona particular, seduce...

—Toma, toma, ya lo creo! Y si le vieras lo reguapo que está!

—¿Sí?

—Que no te quepa duda de eso! No es porque sea mi hijo; pero vaya un hombre de una vez!... Alto, bien plantao, listo como una ardilla, y con unos

ojos negros... Y que coge los pinceles y cuando dice a trabajar, gana lo que le peta... Pero, hija, se ha metido en eso del «comunismo», que a mí me huele malísimamente, y está con esa copla loco perdío! Na, que no le sacas del estribillo de las «hienas patronales» y de «la bendita dictadura de la blusa», y de la «huelga» y el «locú»!... Está hecho una fiera corrupta! A mí me da cá susto que me desgano! «Madre, hay que disponerse para el sacrificio supremo, para el gran día del degüellen, para la santa hora en que desaparezca esta sociedad capitalista que el comunismo barrerá de un golpe muy pronto!» «Madre, se acabaron los verdugos, los explotadores, los patronos, la religión, la patria, la propiedad, los ejércitos!» «Madre, qué gran día nos espera!» Y todo eso lo dice de una forma que se cree una que está viendo un drama de esos en que fallece hasta el apuntador... Hija, qué miedos paso con ese chico! Si tú le oyeras!...

—Pues... me iba a reir «lo mío»! Palabra que sí!

—Cállate!...

—Qué sucede?

—Que ahora entra en el portal!

—Por Dios, qué... susto me ha dado usted, tía! Creí que era el del inquilinato, lo menos!... Pues, anda, que no la «impresiona» a usted poco el «comunista»!...

Felipe irrumpe en la portería, ceñudo.

—Hola, madre!... Caray, Valentina, no te había visto!... ¿Qué tal?...

—Chico... viviendo!

—Y en tu casa?

—Idem, Idem! Y tú?

—Trabajando!

—Dónde?

—Por... la idea!

—Ah, ya!...

—Y qué... qué dices de bueno?

—Pchs..., poca cosa! Esperando una las verbenas para divertirse una lo que se pueda, decentemente.

El «comunista» ha sonreído y la ha mirado mucho...

—Estás muy guapa!

—Eso dicen!—le ha respondido ella sencillamente.

—Y... muy elegante!—ha añadido él con sorna.

—Ah, eso sobre todo! Y no voy más elegante, porque... no puede ser!

—Qué te ha parecido?

—Es una lástima!...

—De veras?...

—Claro! Tú tienes derecho, por bonita, a ser burguesa!

—Gracias! Que no se te olvide la

«autorización» el día del... degüellen!

—Quedas indultada!

—Oye. Y cuándo va a ser «eso»?...

—El qué?...

—Todo «eso» de la igualdad y la «comunidad» libertaria, etcétera, etcétera... El lunes que viene?...

—Si no fuera una boca tan preciosa la que me ha hecho, pitorreándose, esa pregunta!...

—Qué iba a pasar, vamos a ver!...

—Valentina!...

—Vamos, señor «terrible», habla, que no me asustan las «fieras»... de cartón! Habla, iluso!... Habla!

Y el «Lenine» madrileño ha reído, contemplando apasionadamente a la moza, que ha exclamado alegre:

—Lo ve usted, tía!... Ná, éste no es ná.... Adiós, chico, salud....

Curro Vargas

A LA LUZ DE LA LUNA

POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

EL misterioso crimen aquel traía a todo el Juzgado de cabeza. Y llegó el momento en que Rodríguez, el alguacil, creyó que su señoría había perdido la suya y se había vuelto loco de remate.

Figúrense ustedes que el señor juez, que era un caballero metódico, ordenancista, conservadorísimo, y no hay que decir que católico ferviente y monárquico convencido, en cuanto entró aquella mañana en su despacho,—que era un modelo de seriedad, de confort y de buen gusto—comenzó a «desbarrar», dando órdenes tan desquiciadas como éstas:

—A ver, Rodríguez, mi mesa; así como está de espaldas a la pared y de cara al balcón, me la va usted a colocar, precisamente, de espaldas al balcón y de cara a la pared... ¡Así, justito y cabal!... Bueno. El sillón, en lugar de estar arrimado a la pared y detrás de la mesa, me lo pone usted delante de la mesa, y de espaldas a la entrada... ¡Eso es!... Ahora descuelga usted el Santísimo Cristo que está bajo el dosel y que me queda frente por frente, y lo cuelga usted de aquel clavo del que pendía el antiguo reloj; y de esa alcayata que bajo el dosel queda vacante, cuelga usted...

—¡El retrato de su majestad el Rey (que Dios guarde)!

—No. Su majestad el Rey (que Dios guarde) continuará por ahora, donde está. Ahí me va usted a colgar el espejo de cuerpo entero que hay sobre la consola de mi cuarto.

—¿El espejo, señor juez?...

—El espejo, señor ministro... Quiero verme la cara que pongo cuando no

doy pie con bola en un asunto... De modo que ya lo sabe usted. Diga usted a Gómez que le ayude, y entre los dos, y ahora mismo, me traen ustedes el espejo y lo colocan donde acabo de indicarle. ¡Ea!... ¡Y ya están ustedes aquí!...

* * *

—¿Está bien así, señor juez?

—Está muy bien así, señores alguaciles.

—La verdad es que «hace gozo». Es una luna de primera, del «grosor» de un duro, y clara como el agua.

—Y con alguna otra propiedad más, que usted ignora.

—Puede ser que sí, señor juez.

—Es que sí, mi buen Rodríguez... y no tardará usted mucho en conocerla.

—El jefe de la cárcel pide venia para pasar. Dice que ha mandado a llamarlo su señoría.

—¡Adelante, López!

—A las órdenes de usía.

—¿Qué dice el preso?

—No dice nada, señor juez. Insiste en negar. Jura y perjura que él no conocía al interfecto y que, por lo tanto, no sabe si lo han afeitado o no lo han afeitado para despistar... Que el verdugillo hallado no es suyo y que él no ha sido barbero en todos los días de su vida...

—Por su bien espiritual y corporal, quiera Dios que sea así; pero lo dudo... Desde el primer momento me ha parecido ver retratada la culpa en la cara de ese hombre; baja la frente, tuerce la mirada, hay en sus respuestas una melosidad repugnante... Tráiganlo ustedes a mi presencia y que venga el se-

ñor secretario. Hay que ampliar la última declaración.

* * *

Esposado y entre el aguacil y el carcelero, penetró el preso en el despacho.

Era un hombrecillo afeminado y ruín, de grandes ojos, de finos labios y de ondulados y bien cuidados cabellos...

Sin volverse para mirarlo, y mientras fingía continuar escribiendo, dijo el juez:

—Pueden ustedes quitarle las esposas y ponerlo aquí, a mi lado.

Hiciéronlo así los vigilantes, y el acusado aprovechó la libertad de sus manos para alisarse y componerse las crenchas.

El juez, siempre absorto en su tarea, y como si no diese gran importancia a la diligencia, exclamó:

—Ya sabe usted que es inútil su obstinación en negar. Siempre queda, en estos casos, un cabo suelto, y hemos dado con él.

Estremeciéndose ligeramente el detenido, y sonriendo, cínico contestó:

—Pues sabe usía más que un servidor de usía...

—Entendámonos. No lo es, el testigo, de la comisión del crimen...

—Ya lo suponía un servidor de usía...

—Sino de algo importantísimo, que usted se empeña en negar, y usted sabe muy bien por qué, de su profesión.

—Ya lo he dicho: tejedor de géneros de punto.

—De la antigua...

—Escribiente...

—¡Barbero! Ya le he dicho a usted que es inútil negar... La navaja que fi-

gura en autos está vaciada recientemente. En sus cachas, grabados a punta de cincel hay un nombre: el del afilador, y un número: el del registro de vaciados... ¿No sabía usted esto?

—No sabía nada... No sé de qué me habla usía...

—Averiguado el nombre del afilador, él mismo ha facilitado el del cliente... El parroquiano es usted, barbero de oficio... Usted se sonríe ahora; ya veo que usted se sonríe ahora... Se sonríe por fuera, y se ríe por dentro, de mi infantil candidez; porque usted sabe positivamente que le estoy engañando...

Lo que no sabe usted es que mientras yo lo engaño a usted, usted me convence a mí... Usted ha sido barbero...

—Ya he dicho a usía...

—Y está usted aún, tan enamorado de su antigua profesión, que aún no ha olvidado usted ciertos hábitos de ella...

—Lo de alisarme el pelo, es una costumbre...

—Y otra propia sólo de barberos como *tú* (y el *tú* del juez, retumbó como una detonación) es la de mirar al espejo cuando se habla con la persona sentada ante él, y no a la persona misma... ¡Y desde que estás a mi lado no has hecho otra cosa, miserable!...

* * *

Lo demás, ya fué como sobre ruedas.

Por eso decía luego el juez que «el crimen del barbero» lo había descubierto él a la luz de la luna.

Vicente Diez de Tejada

A LA LENGUA VASCA

Grito del alma vírgen, Lengua Vasca,
naces de un pueblo indómito en la boca,
como bravo alarido en la borrasca,
como risueña flor en la agria roca.

Grito que el alma vírgen exhalara,
al contemplar del mundo la hermosura
cuando un beso de luz prendió en su cara
la primer alba que alumbró natura.

¡Bíblicos patriarcas te rimaron;
las auras del Edén quizá en ti oyeron
y al compás de tu música templaron
la pena de las dichas que perdieron!

Una raza viril de pechos nobles
recató en tus aromas de plegaria
bajo bóvedas de hayas y de robles
la doncellez bucólica de Euskaria.

Por hurtarte del tiempo a la inclemencia
y alzarte como un himno a sus costumbres
puso cerca de Dios tu independencia
y viviste, como águila, en las cumbres.

Canto de libertad y audacia fiera
que el indomable cántabro entonaba,
¿qué importa que clavado en cruz muriera
si su alma libre en su canción volaba!!

Los estilos latinos no grabaron
su letra grácil en tus rocas duras,
y las flechas del godo se cansaron
de seguirte en tu vuelo a las alturas!

Como una maldición de santo encono
Roldán te oyó espantado en su agonía,
¡creyó que Dios le hablaba de su trono
al oír de tus himnos le energía!

Como un broquel, te aprietas y endureces
cuando a ti llegan pueblos invasores,

y, como cera y miel, te reblandeces
porque rimen tus hijos sus amores.

Tu indignación en el *irrintzi* ulula,
mas se derrite tu alma en poesía
si el saltarín *zortziko* se modula
en el *aurreku* de una romería.

Resuenas en la ermita, evocadora,
¡Eres salmo de bíblicas canciones
que oyó con la promesa redentora
la bendita de mil generaciones!

.....
Eúskaro indomable, raza pura,
guarda sin mancha el viejo relicario
—vuestra fe, vestro amor, vuestra bravura—
del casto y recio idioma milenario!

No le alces como enseña sanguinaria
«del suicida y traidor separatismo»
¡que hoy no existe Castilla contra Euskaria,
todo en España ya es un nido mismo!

Una es la patria ya, triunfante y rica,
porque ha fundido la divina mano
la esmeralda del Arbol de Guernica
con el oro del trigo Castellano.

Si el extranjero a tu frontera asoma
con el *irrintzi* tu garganta vibre,
¡que toda España entenderá tu idioma
y morirá por ti o te verá libre!

Un sol de paz nos baña hoy en fulgores.
¡que sean los *zortzikos* ruiseñores
que en dianas de triunfo nos desvelen
y alegren el palacio y la cabaña
y desde el Arbol de Guernica vuelen
por el fértil Jardín de toda España!

Vicente Franco

Murguía (Alava)

DEL FOLK-LORE DE ASTURIAS

EL "COMPOSTORIU"

POR CONSTANTINO CABAL

A veces, no se arreglan los rapaces para terminar en boda, porque los malefician o a él o a ella todas las tentaciones del orgullo. Mozo hay que quiere la luna, y moza hay que se expresa de este modo:

—Si quieres, galán del alma,
de mi hermosura gozare,
todo cuanto yo le pida
tien usté que me lo dare.
Lo primero es una casa
que valga dos mil doblones,
rodeadita a la mare
con ventanas y balcones.
El cuarto donde yo duerma
tiene que ser todo de oro,
las ventanillas de plata
para darme gusto en todo.
Y un coche con siete mulas
para mí no ha de faltare,
porque soy una señora
y me quiero paseare.
De mi casa pa la iglesia
tien usté que lo lusare,
para cuando vaya a misa
no tenga que tropezare:
de mi casa pa la iglesia
tiene que haber una parra,
para cuando vaya a misa
no me dé el sol en la cara.
—Quédese con Dios, señora:
para nunca más volver:
es mucho lo que usté pide,
para ser una mujer.
Es mucho lo que usté pide,
vaya usté que se lo den...!

Pero en honor de las mozas, se debe confesar que ésta del cuento era tipo de excepción. Por ellas, las pobre-cillas, no hay un proyecto de boda que no tenga resultado, aun siendo tan continuos los estorbos que se les ponen delante. Y eso que hoy, en casi to-

dos los lugarcillos de Asturias se permite casar a las rapazas con los mozos forasteros, que lo que era ayer un...!

Ayer, cuando llegaba un forastero a un lugarcillo de Ponga, como Sames, verbigracia, si hallaba una rapaza de su gusto, podía requebrarla un día, una semana, acaso una quincena... Mas cuando se acercaba la ocasión de que entrara en la casa a cortejar, los mozos del lugar se reunían para tratar del asunto, y acordaban lo siguiente:

—Que mañana por la noche le esperen Fulanico y Zutánico, que le manden volverse por las buenas, y si no quiere volverse, que le echen del lugar a garrotazos...!

E indefectiblemente, dicho y hecho.

La enemiga al forastero que se dirige a una chlca se encuentra todavía íntegramente en los vaqueiros de alzada. He aquí un baile de vaqueiros en una romería del contorno; las castañuelas enormes suenan como cencerros de ganado que arrastrara un huracán; ruedan sonos de pandero; saltan golpes de sartén; una voz mujeril, fina y aguda, sube hecha aguja en el aire:

—You ya la miá Mariconá
riñimus cada semana:
etcha nun mi catcha el picu,
you le zurro la badana...!

En esto, un aldeano entra en el corro, se coloca delante de una moza, y suelta la primera zapateta... El cantar le avisa así:

—Los vaqueiros son vaqueiros:
etchos mismus lo xuraron,
y vale más un vaqueiro
que veinticinco aldeanos...

Si el aldeano sigue en el empeño de enristrar las zapatetas, la vaqueira que dirige manda suspender el baile, y las mozas se marchan a otro sitio.

Con esto, no hay que decir que el vaqueiro de la braña se casa en la braña misma, que la vaqueira que oye a un aldeano, no consigue «jamás legitimar el fruto de sus amores», y que en doctrina vaqueira

—El remiendo, bueno o malo,
ha de ser del mismo paño...

* * *

Pero, en fin, hay dos mozos que se quieren, y dos padres que lo saben. Y los padres se encuentran una vez al término del mercado, y se van a la taberna a beber cuatro culinos, o se entran en el café a tomar cuatro cafés. Hablan de todas las cosas y de algunas otras más; y cuando trata el uno de la lana, que ha subido más pesetas, o de los «gües», que han bajado, o del «prau del vecín» que se está quedo, el otro le interrumpe de esta suerte:

—Home, caray, a propósito...!

Y suelta toda la carga:

—Tú ya ves que el to fíu y la mía fía paecen los amantes de Trael... tonta ella, y tontu él...! Non pienses que debemos de casalos...?

—Como tar, tan en edad.

—Pos entonces, a ver lo que resulta...!

Y acuerdan el «compostoriu», oída la opinión de las costillas para señalar la fecha.

Algunas veces ocurre que la conversación tiene este giro:

—Conoces a la mía fía?

—N' home, non...! Y tú al mía fiu?

—Tampoco...! Y ellos, habránse visto alguna vez...?

—Sabe Dios...! Creo que non...!

—Güeno, eso ye lo de menos... Miániques que si quies que los casamos...!

Y si se arreglan, los casan.

Antaño era corriente esta costumbre de negociar matrimonios sin contar para nada con los hijos. Ellos, los infelices, no eran nadie cuando se trataba el punto, y bien que se lo dijo el Presidente de un Parlamento francés a un hijo suyo demasiado audaz que le soltó esta pregunta:

—Padre, es verdad que quiere usted casarme con mademoiselle de tal sitio...?

—Hijo, tú a lo que te importa...!

Existe en castellano una obra anónima escrita en el siglo xv con el título siguiente: *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*. Estos «castigos» son diez, como los diez mandamientos, y se pudieran juzgar como los diez mandamientos de la mujer casada en la Edad Media. Y a la que se creyera que su esposo no era tan virtuoso ni tan rico como ella se merecía, le da el libro este «castigo», es decir, este consejo:

«—Debe pensar que esto procede de su vanidad, pues que su padre y parientes que se lo dieron, bien entendieron que bastaba para su marido...

Y al menos, el consuelo era notable.

Ay, los viejos villancicos de las mochas de entonces, y cómo se plañían de estas cosas...!

—Bien o mal, casarnos han,
ora sea con Pedro, ora sea con Juan...!
—Bien o mal, casarnos han,
mal o bien, no sé con quién...!

Y luego, la consecuencia:

—Todas cantan en la boda,
y la novia llora...!

* * *

Pues bueno, llegó el instante de pedir a la rapaza, que es lo que por la parte de Tineo se llama «ir de chongaliza». La razón es que en la casa donde se celebra el acto, en cuanto llegan los peticionarios echan la longaniza a la sartén, y en cuanto el acto concluye, comen la longaniza todos juntos. Hacia la parte de Ponga intervienen en el quid los padres del rapaz y la rapaza, y a título de testigos y si se tercia como consejeros, dos entre los parientes más ancianos, dos entre los parientes del rapaz, y si no entre los amigos que anden con él en años y aficiones, y dos entre las parientes, y si no, las amigas de la chica, que gocen de su misma juventud y de sus mismas costumbres...

Se conversa unos instantes, y el padre del galán dice después:

—Compañeros... —o— Parientes— (que muchas veces lo son). A deseos de mi hijo, vengo a pedivos la mano de Fulana... Ellos tienen relaciones, paez que se quieren bien, y debe tar de Dios que los casemos...

El futuro consuegro dice así, dirigiéndose a la moza:

—Bueno, rapaza, ya ves... Aquí el padre de Fulano me requiere para que le conceda tu mano... Estás conforme...?

La moza baja los ojos:

—Sí, señor...!

La cosa va sobre ruedas...

Y entonces se celebra el «compostoriu», que también lleva el nombre de «tratau». Los padres de los chicos lo conciertan, y un «escribiente lo escribe». «—En el lugar de tal..., fecha de tantos..., reunidos los firmantes y previa conformidad» de los interesados en la cosa, acordaron esto y lo otro... «Y a fin de que puedan llevar con facilidad las cargas matrimoniales, somos gustosos en darles la finca A, valorada en tal cantidad, la finca B, valorada en tal otra, una pareja de vacas, valorada en tanto, tantas ovejas, valoradas en cuanto...»

Y a veces se añade aún:

—Tal cantidad de dinero...

Los que asisten al «tratau» tienen obligación de añadir más. Y hay quien ofrece un cabrito, y quien una cordera, y quien una ternera... Y hay algunos que ofrecen cinco duros... Es su regalo de boda, y hasta que ésta se efectúa no se lo dan a los novios... En la misma reunión se designan los padrinos, y se señalan las arras: de oro, de plata, de cobre... En centenes, en duros, en pesetas... Antaño era «galardón» el que fueran las arras trece onzas.

Y hay tropiezos en estas reuniones por exceso de codicia? Sí, los hay... Mas no porque un galán deje a la chacha porque le den poco dote, sino porque es la chacha quien lo deja a causa de que pide demasiado...

—Ese—dicen con desdén—venía a casarse por el interés...

La noche del «compostoriu», en Ponga se dan copas de aguardiente.

C. Cabal

FANTASIA CREPUSCULAR

POR F. G. DE CÓRDOBA

I

Un débil viajero
se acerca a mi puerta...
Los últimos rayos
del sol que se oculta detrás de la sierra
dan a su semblante
la humilde tristeza
que las místicas tardes de otoño
al morir se dejan.

Arrugas profundas
su frente atraviesan;
cabellos de nieve
cubren su cabeza;
sus ojos sin brillo
hablan de hondas penas;
triste y encorvado
camina muy lento, camina sin fuerzas...

—Adónde diriges tus pasos?—pregunto al viajero—
penetra en mi casa: mi mesa está puesta
para que restaures
tus débiles fuerzas.

Se queda en silencio un momento...
De sus ojos rueda
una lágrima ardiente que escalda
sus mejillas de pálida cera...

—¿Que adónde camino...? —al fin me responde—
No lo sé; yo recorro una senda
larga y tortuosa
de abrojos cubierta

sin tener un momento de calma,
y una voz secreta
me grita: «adelante,
adelante: ¡jamás te detengas!»

Calló el peregrino... Ya el sol se sepulta
detrás de la sierra.
Sus tintas de púrpura
los campos incendian,
y llenan de místico encanto
al débil viajero que lento se aleja.

II

El manso crepúsculo
bañó ya mi puerta...

Estático miro
la campiña inmensa
que en mitad divide
la torcida senda
do se va esfumando
del triste viajero la humilde silueta.

.
Ese peregrino
que atraviesa sin rumbo una senda
larga y tortuosa
de abrojos cubierta,
soy yo mismo, que apenas me acerco
a mi humilde cabaña desierta
buscando descanso
que alivie mis penas,
oigo al punto una voz que me grita:
«¡Adelante...: jamás te detengas...!»

F. G. de Córdoba



EL DIA DEL LIBRO

Se celebró en toda España, con más discursos que libros repartidos.

Desde luego. A fuerza de pedirlos prestados, el público español no ha aprendido a comprar libros.

Hay que probar a regalárselos.

En la Real Academia Española, el día del Libro hubo sesión pública extraordinaria.

D. Serafín Alvarez Quintero, leyó un discurso del Sr. Rodríguez Marín, del que son estos párrafos alusivos a los buenos y malos libros:

«Quien quiere hallar enseñanza o distracción en la lectura, o entrambas cosas, busque libros buenos, que no le será difícil hallarlos, porque, por fortuna, hay muchos; libros que no le causan daño en lo más exquisito que el hombre tiene: en el alma, destello del Padre Celestial.

»Es peregrina cosa que consultemos con el médico cuál haya de ser nuestra alimentación corporal, y descuidemos enteramente la del espíritu, mucho más digna de exquisita diligencia.

»Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, aconsejaba que se buscasen los amigos «como se buscan los »buenos libros; que no está la felicidad »en que sean muchos ni muy curiosos; »antes en que sean pocos, buenos y »bien conocidos... No que sólo entretengan, sino que juntamente aprovechen.»

«De otros libros que no son buenos ni malos, por ejemplo, de las novelas, que, como el corcho, no saben a na-

da, ¿qué he de decir? A este copioso linaje, así como el de las novelas verdes y hasta nauseabundas, escritas sin decoro, sin arte y sin gramática, pertenecen los centenares de libros que medio leídos suelen abandonar muchos viajeros al apearse de los trenes, con el acierto de que dieron mala muestra al comprarlos. Son tales obras como corbatas de papel, que sólo aguantan una postura.»

Después de la réplica del maestro, ya sabemos todos que ciertos libros no tienen Día de fiesta. Por desgracia ellos no la necesitan para vivir espléndidamente.

Los Hermanos Quintero estrenaron el Día del libro una loa a la gloria de Cervantes, dirigida a mover los espíritus, y los bolsillos, para la erección del monumento en la Plaza de España, al Príncipe de nuestras letras. La idea admirable de los Quintero, tuvo el rasgo complementario de una magnífica generosidad: los derechos de autor por esa obra, los ceden los gloriosos comediógrafos, para la suscripción del monumento a Cervantes.

También de los Quintero, es el *Romance del libro bello*, que se leyó en la sesión de la Real Academia:

«Flor de cien hojas iguales
relicario evocador,
mariposa multiforme,
amigo del corazón.»

Y de D. Manuel de Sandoval leyóse, con éxito extraordinario, una bella poesía cantando, con voz clásica, sonora y grave, las excelencias del libro.

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

Y el hermano fué el amigo espontáneo que se presta a servirnos de acompañante, afectuosamente, y el eremitorio fué un lugar con árboles, con plantas, con flores, con casitas blancas donde vivían en fraternal comunidad unos hombres buenos y sencillos, que se pasaban el día labrando su pequeño campo, ensartando cuentas de rosario, rezando, rezando mucho en su iglesita alegre y cordial, ante aquella Virgen de Belén que tiene en sus ojos luces de claridades celestes y en sus manos el tesoro divino de su Hijo-Dios...

En el mirador ví, sentado en un sillón, a un anciano ermitaño. Me habló de él el hermano que me acompañaba, con vivo entusiasmo y muy grande admiración. Me dijo, que aquel viejecito era el más antiguo de la comunidad. Que contaba cerca de noventa años y que desde los veinte estaba en el eremitorio. Ya no andaba. Ni casi podía moverse. En aquel sillón se pasaba el día entero, y tenían que llevarlo así dos hermanos jóvenes, de un lado a otro: a tomar el sol, a la capilla, donde le gustaba al anciano pasarse las horas y las horas, rezando y meditando.

Nos aproximamos. Pronto, a los pocos minutos de conversación, nos hicimos amigos el viejo ermitaño y yo. Ingenuamente, con dulzura y cariño de un santo abuelito, me habló de su vida, de sus satisfacciones, de la clara serenidad de sus días.

El hermano que antes me había acompañado se marchó a sus obligaciones, y solo me quedé con el hermano Telesforo. Telesforo de Jesús María. Así me dijo que se llamaba. Dialogamos un buen rato de él. Me contó que ni siquiera se acordaba de cuando vivió, hasta los veinte años, fuera de las Ermitas. Únicamente el recuerdo de su madre permanecía en su memoria, indeleble. ¡Claro, más de sesenta años en el retiro!... Este era su mundo. De esto hablaba él con tal ardor, que conmovía y emocionaba. Se emocionaba él también, accionando, pasándose la mano rugosa por la amplia barba de nieve, que le caía sobre la pechera, apostólica y patriarcal.

—«Cuando vino Su Majestad el Rey a las Ermitas»...

—«Una vez, siendo yo Hermano Mayor»...

—«La mañana aquella que se presentaron los revolucionarios en el santo retiro»...

Anécdotas, sucesos, acaecimientos extraordinarios me refería, con entusiasmo de niño. La Tradición, savia, previosa, fiel, vibraba en los labios del hermano Telesforo. El tiempo, casi un siglo, resplandecía, lleno de fulgor de actualidad, en las pupilas del viejecito ermitaño. ¡Qué claro espejo el de sus ojos! ¡Qué maravilloso arcano de enseñanzas, el de su vida!... Más de sesenta años, prisionero entre las paredes de aquel recinto de paz, laborando la tierra, fa-

bricando rosarios, enseñando la santa Regla a los ermitaños nuevos, distribuyendo la comida a los pobres en la portería, rigiendo la grey de los anacoretas..., y siempre, siempre, de día y de noche, mortificando su existencia, alabando a Dios, pasando por la vida con la cruz sobre los hombros, tras el Maestro divino, haciendo de todos sus actos, de todas sus palabras, de todos sus pensamientos, una escala gloriosa...

No, no eran un delirio de fantasías alocadas, las vidas de los Santos. Allí, delante de mí, hablando conmigo, había un santo, viejecito, humilde, cordial, que esperaba el final de sus días bendiciendo al cielo y a la tierra...

¡Con qué pena, con qué dolor de alma me decía que ya no podía él seguir a la comunidad, en todas sus obligaciones! Esta era la única inquietud que se entrometía en su serenidad beatífica. No poder ayunar, no poder levantarse, de madrugada, para ir con los hermanos a la capilla..., no cumplir en todo, en todo, las Reglas de la Congregación...

Después de haber dirigido nuestras palabras por el lado de las Ermitas, adonde radicaba, íntegra, la vida del hermano Telesforo, nos quedamos en silencio unos minutos. Sentía yo deseos de confidencias, de hacer a alguien partícipe de los nuevos pensamientos que iban echando raíces en mi espíritu.

Solo, sin el apoyo y la buena guía de los consejos de personas competentes, el árbol de mi vocación iba creciendo, desarrollándose. ¿Qué mejor amigo, qué más sabio maestro, qué rector más acertado podría encontrar yo, para conducir mis ideas, que aquel viejo venerable?

A guisa de preámbulo, le dije, de modo inconcreto, el drama que yo llevaba dentro de mi espíritu, y le expliqué aquella especie de atracción que principiaba yo a sentir por la vida conventual

¡Santo, admirable anciano, qué luz más clara puso, con sus palabras, en los senderos de mi existencia!

Advirtiéndome que él no era sacerdote, y que con uno de éstos debía llevar a cabo mi consulta, empezó a hablar, y siguió bordeando el asunto, pero llenándose cada vez de más entusiasmo y calor, hasta que transfigurado, iluminado, poseído de sobrenatural elocuencia, enfrentóse con el tema abiertamente, y con tino, con pericia insuperable, resolvió mis dudas y aclaró, más aún, mis inclinaciones religiosas, afirmándolas y robusteciéndolas. Y luego, con qué brío, con qué dulzura, con cuanta y arraigada convicción, me habló de los secretos encantos de la vida contemplativa, de las satisfacciones y dichas infinitas que encuentra el alma en la conversación con Dios, de la exquisita fragancia que emana del jardín interno que se riega con lágrimas y con sangre de penitencia...

Por si acaso el Señor era servido de infundirme vocación de anacoreta, con encendido acento me describió, en síntesis maravillosa, la historia y las particularidades de este régimen de vida.

Vibraron aún más tiernas y sublimes las palabras del anciano. Era Dios, Dios mismo, quien hablaba por boca del hermano Telesforo. Y cuando más enardecido se hallaba, cuando con más energía y más atractivo me pintaba la placidez dulcísima del desierto, callóse de

pronto, y sonriendo con ingenua sonrisa infantil, me dijo:

—¡Pobre de mí, y en qué discursos y disquisiciones me he metido! Hermano, perdóneme, perdóneme el atrevimiento. ¡Quién le mandará poner el paño al púlpito a este lego vejestorio!... Vaya, para quitarle el mal sabor de boca, voy a leerle unos parrafitos de un Santo Padre de la Iglesia, de San Basilio, acerca de la vida eremítica... Estos buenos hermanos míos, no me dejan leer, pero yo, en la primera ocasión, les burlo su mandato. Es un vicio, un vicio de toda mi vida, la lectura. Aquí, debajo del hábito, escondido, siempre me gusta llevar un libro. Y mire usted como se ha portado Dios conmigo. ¡Sin gafas leo todavía, y tengo cerca de noventa años!...

Miró para todos lados, con inocente picardía. Me dijo que le hiciera la caridad de mirar yo también, por si acaso había algún hermano a la vista, y luego, como el que va a cometer una tremenda pillería, sacó un libro de entre el hábito, y se puso a leerme con gran desenvoltura y unción:

«La soledad cristiana, es como un horno encendido que abrasa y reduce a cenizas todos los lazos que nos atan al mundo, consumen cuanto hay impuro y terreno en nosotros, y nos hace vasos preciosos y capaces de recibir las gracias de Dios. La vehemencia del calor de este horno que nos hace arrojar la malicia del mundo, nos consuela y purifica, en vez de aniquilarnos y destruirnos; a manera del horno de Babilonia que llenó de gloria y alegría a los santos niños, en vez de reducirlos a cenizas.

» La soledad es un estado donde por

un comercio dichoso y admirable, se dan las cosas terrenas por las celestiales, las transitorias por las eternas, la tierra de los muertos por la de los vivos, los bienes despreciables por otros inestimables donde penas brevísimas nos granjean felicidades perpetuas de manera que, sin grandes tesoros, pueden entrar los solitarios en este admirable tráfico, pues les basta dar aquello que tienen por más poco que sea y por más desigual y desproporcionado que parezca a los infinitos bienes que esperan.

» O bienaventurada soledad donde repara el hombre en su alma la imagen del Criador, que había borrado por la culpa, donde se restituye a su primitiva pureza, donde recobra la vivacidad y vigor de su razón, disipando las nubes que la tenían ofuscada y donde, finalmente, recobra la naturaleza corrompida en algún modo su inocencia original y su entereza...

» ¡O soledad! Tú eres la ruina de los vicios y recobro de las virtudes, y cuantos consiguieron alguna perfección, conocen bien cuántas alabanzas mereces. En la soledad recibió dos veces Moisés el Decálogo que intimó al pueblo de Dios. En la soledad gozó el profeta Elías la preferencia de Dios; recibió Eliseo el espíritu duplicado de su maestro y quiso el Salvador que su Precursor viviese separado del mundo.

» ¡O soledad! Eres la escala de Jacob, que remontas a los hombres hasta el cielo y haces que descendan los ángeles a socorrer a los hombres...

» En la soledad recibe copiosamente el alma el rocío de las gracias del cielo y Dios derrama las aguas de la peniten-

cia como una lluvia que quita la sequedad y esterilidad, haciendo brotar y fructificar las verdades y máximas del Evangelio. En la soledad estamos siempre llenos de arrepentimiento santo, nos sustentamos de las sagradas y preciosas amarguras de la penitencia, y si no siempre se ven llorosos los ojos de los monjes, conservan cuando menos sin cesar la causa de su llanto en el fondo del corazón, como una fuente copiosa donde no se pueden agotar los sentimientos de la penitencia...

»¡O bienaventurada soledad, que mudas enteramente a los hombres y los haces nuevas criaturas! Tú vuelves a los soberbios humildes, sobrios a los intemperantes y a los coléricos apacibles; tú conviertes la crueldad en compasión, el odio en amor, la frialdad en calor; tú refrenas las lenguas de los maldicientes y envidiosos; tú les haces adquirir una perfecta castidad a los que vivían más atormentados de los estímulos de la concupiscencia; tú transformas en graves y sabios a los más imprudentes y ligeros; tú corriges por el silencio a los abandonados a toda especie de palabras vanas y frívolas y a las asechanzas más contrarias a la honestidad y modestia; tú prolongas los ayunos y vigiliias; tú conservas la paz y la paciencia; tú enseñas la sinceridad a los hombres, les haces ignorar los engaños y artificios de un corazón doble; tú encadenas con los sagrados lazos de Jesucristo a los que vivían una vida licenciosa y vagabunda, y haces que se corrijan y regulen las de costumbres más desordenadas y disolutas; tú sabes elevar a los hombres a la cumbre de la perfección y a una consumada santidad; tú eres cau-

sa de que el hombre jamás sea contrario al hombre, jamás desigual, jamás inconstante, y estableces aquella uniformidad de vida, donde podemos decir que siempre es el mismo; tú le das una firmeza y solidez proporcionada al edificio de la celestial Jerusalén. En vez de la inconstancia y movilidad que, como tierra arenosa padecía por sus diferentes deseos, vive fijo e inmutable en el verdadero culto de Dios y firme en un estado de consistencia y duración...

»¡O Desierto terrible a los espíritus malignos! Donde las celdas de los monjes son como las tiendas de un ejército de soldados invencibles, como las torres de Sión y los muros de Jerusalén contra los Asirios y todos cuantos sitiaron esta ciudad santa. Hacen la guerra estos espirituales combatientes, cuando con un mismo espíritu se ocupan en sus respectivos oficios, unos en cantar Salmos, otros en orar, otros en escribir y otros en las fatigas del trabajo corporal. ¡Quién no ve aquellas palabras de la Sagrada Escritura, que con razón se pueden atribuir a la soledad, donde dice: Ricos son y hermosos, oh Jacob, tus tabernáculos!

Estos tabernáculos y tiendas deleitan a la vista como la espesura de un valle, que los ojos ven pasando, plantado en todas partes de árboles, con una variedad que embelesa, como los prados que se riegan con abundantes arroyos, y como los cedros plantados en la orilla de los ríos. Son admirables y preciosos en su concierto y simetría estos tabernáculos, pues los dispuso y dirigió el Señor por su propia mano.

»¡O vida solitaria! ¡Vida santa! ¡Vida.

angélica! ¡Vida dichosa! ¡Sustento y vida de las almas! Ninguna lengua es capaz de expresar el concepto que formé de ti, y ninguna voz podrá representar las delicias que causa a mi corazón. Sólo los que gozan el reposo y dulzura que tú das, pueden conocer las alabanzas que mereces.»

El libro era del marqués de las Escalónias, que copia estas alabanzas de San Basilio, al final de la historia de las Ermitas, que escribió. Le guardó de nuevo, el anciano.

Exhausto, rendido, el hermano Telesforo había doblado la cabeza sobre el pecho. Parecía dormir, con sueño tranquilo. Le expuse mis temores de que seguramente mi conversación prolongada y la lectura, le habrían hecho daño.

Con una sonrisa y un gesto bondadoso me respondió:

—No. Al contrario, me he reanimado, me han hecho un bien muy grande las impresiones de esta tarde.

Y después, con suave acento profético:

—Estaba rezando tres avemarías a la Virgen de Belén. Me ha dado el corazón que iba a mandarnos pronto Ella, otro nuevo ermitaño... ¿Quiere usted rezarlas conmigo?

Y me postré de rodillas, y besé fervorosamente las manos del ancianito glorioso, y rezamos los dos a la Virgen de Belén, llenos de lágrimas nuestros ojos.

Nos despedimos.

—¿Volverá usted por aquí, a charlar con el hermano Telesforo?

—Volveré, y... Dios quiera que para siempre, hermano...

¡Qué paz, qué divina paz, en mi alma! Salí de las Ermitas resuelto, decidido, envalentonado para luchar conmigo mismo, en el nuevo campo espiritual que vislumbraba.

La tarde había plegado sobre el poniente los sutiles velos deslumbrantes de su luz radiosa. En las faldas de la sierra, apagábanse los murmullos y los ecos resonantes.

Entre el alegre cascabeleo de las mulas del coche, fué una nota lúgubre, la voz del cochero, cantando:

Qué *tó* en el mundo es mentira,
no hay más *verdá* que la muerte;
no hay quien me lo contradiga...

En el silencio de la tarde avanzada, la voz rodó potente, sierra abajo. Se dijera que el campo había aquietado todos sus murmullos para escuchar las palabras doloridas y verdaderas.

Pero no se contaminó mi espíritu de tristeza ni de angustia y desaliento. Dentro de mí erguíanse triunfantes, nuevos sentidos del vivir.

Y las recordadas palabras del poeta, cantaban jubilosamente en mi pecho:

«El que aquella cuesta sube con angustias de sediento,
baja rico de frescuras el ardiente corazón»...

XXI

A los pocos días de la visita relatada, vine a las Ermitas otra vez, y varias veces más, luego, en sucesivos días.

Y después de haber liquidado gran parte de mi fortuna, con el pretexto de convertirla en dinero, para llevármelo a América; y después de haber repartido este dinero en obras de caridad y de

justicia, me presenté en las Ermitas de Córdoba, solicitando ingresar en la Congregación de Ermitaños, adonde fui recibido, y donde me encuentro.

Completado ya el propósito que me llevó a escribir parte de mi vida, y de la vida e historia de este santo eremitorio, debía soltar la pluma. Varios años hace que por vez primera la cogí para principiar este relato, y lentamente, el montón de las cuartillas ha ido creciendo, desahogándose el fardo peradísimo de mi interior.

Igual que si terminara de hacer confesión general de mi vida, me encuentro ahora, después de haber recorrido paso a paso el transcurso de mi existencia más doloroso y definitivo.

Ocasiones hubo en que las tareas habituales de la Congregación me impidieron, por espacio de meses seguidos, poner la pluma en el papel, para continuar esta historia. Días llegaron en que, releendo lo escrito, me pareció indigno de haber empleado largas horas en redactarlo. Pero en conjunto, mentiría si no dijese lo que pensaba: que el trabajo había convertido en realidad mis intenciones, que no habían sido otras que, tras de mi mucha maldad y mi extravío, dejar escrita mi conversión. Y esto, no con arreglo a preceptos y guías de academias y moldes literarios, que de esas cosas no entiendo, ni tengo por qué meterme en esa clase de atolladeros; si no acorde con el asunto de que iba tratando, sin más técnica que la verdad por delante, y la pluma en el papel, para referirla buenamente como Dios me diera a entender.

Entremedio, ganas me dieron de suspirar, y condolerme, y rezar, y supli-

car, cuando lo mandaba el corazón, y yo no opuse resistencia ni dificultad a estos íntimos mandamientos. ¿Y cómo y por qué iba a colocarme estas cortapisas, si todo mi escrito fué engendrado con este deseo de dar rienda suelta a mi vida y a mis dolores, que se me desbordaban del interior?

De tanta y tanta lágrima como había llorado hacia dentro, de tantos remordimientos y congojas como se habían ido almacenando en mis entrañas, yo sentía sobre mí el peso de toda mi existencia, estancada, represada en el gran dique fabricado con mi nuevo género de vivir. Con lo expuesto en estas cuartillas levanté la compuerta, y han corrido las aguas de mi pesadumbre arrastrando tras de ella el légamo que estaba pegado a las rocas del fondo. ¡Bendito sea Dios, que me quiso permitir este gran desahogo de mi alma!...

Y, casualmente, hoy que yo podía haber dado por rematadas mis memorias, se presenta en las Ermitas un suceso desacostumbrado, histórico, en el santo retiro. Su Majestad el Rey de España, nos tiene anunciada su visita.

Bien se echa de ver en el camino de la sierra, la animación de la gente que espera el paso de la regia comitiva. El eremitorio está aparentemente desconocido. Su paz acostumbrada hállase rota por el ir y venir de autoridades, de mensajeros y criados.

Alborozada, celebra la campanita de la portería, la fecha memorable. Ella que tañe sonora y bulliciosa, congregando a los pobrecitos menesterosos para la comida diaria, hoy anuncia la llegada del Rey. Orgullosa debe estar

la «hermana campanita» por su misión extraordinaria, y pregona su orgullo a los cuatro vientos, llenando los ámbitos de la sierra con sus ecos dulcísimos.

A medida que la hora de la llegada se va acercando, va el gentío agrupándose en la carretera, y ponen una nota alegre y juvenil en el paisaje, los colores chillones de los vestidos. ¡Qué hermoso, qué espléndido panorama! ¡Cómo recrea los ojos y el corazón este espectáculo del pueblo, subiendo a la cumbre bendita, donde fulge con brillos rutilantes, el Santuario!

Se cierran las pupilas, se reconcentra el espíritu, y la visión crece, se agiganta... Ya no es sólo este pedazo de Sierra Morena lo que se vislumbra. Es España entera.

En las faldas escarpadas de los montes, en las vegas feraces, en los valles umbríos, en la llanura parda, infinita, dormida al sol, levántanse aldeas, y pueblos, y ciudades de la Patria. En su seno, el trabajo noble y fecundo recoge las energías comunes. La colmena, henchida de abejas laboriosas, va llenándose de sabosas mieles. ¿Qué fiebre de iniciativas y de grandezas acomete a los hijos de España? El suelo patrio es un horno encendido; lo avivan con su fuego almas de sacrificio y de heroísmo gigante. Tantas almas, tantos brazos robustos y vigorosos, que ya la península es incapaz de sujetarlos y contenerlos entre sus límites. Europa, también es campo estrecho para los hijos de este pueblo de epopeya, que se ahoga entre el fragor de las batallas ganadas, y se llena de hastío porque no halla nuevos laureles en el viejo mundo, para ceñirlos a su frente soñadora. ¿Qué

poderosa fragua temple las armas de los guerreros hispanos? ¿Qué faro esplendoroso alumbró sus caminos de gloria? ¿Qué divino claror pone chispazos de genio en sus inteligencias, para escribir esas aureas páginas de ciencia y de belleza incomparable? Ya culmina el esfuerzo y el triunfo. Isabel de Castilla, ha escuchado a Colón que contaba su sueño. Allá lejos, muy lejos del viejo solar, Hernán Cortés quema las naves, y el mundo entero, absorto, se deslumbra con los resplandores excelsos de una hoguera inmortal. Isabel, que era España, a la luz de la hoguera, siembra puñados de trigo español, mar adentro, en los surcos imborrables que abrieron las carabelas divinas... ¡Águilas heroicas, raudas, veloces, de recio pico y garras de acero! ¡Águilas milagrosas de incansables alas de ambición y de ensueño, tan firmes, tan seguras, tan valientes, que de una volandada, os lanzásteis sobre el mar infinito, a la conquista del nuevo mundo que presentían vuestros ojos proféticos... Yo sé donde anidásteis, águilas voladoras. Más arriba de las faldas escarpadas de los montes; más arriba de las vegas feraces, y de los valles umbríos, y de la llanura parda, dormida al sol...; por encima de las aldeas, y de los pueblos y ciudades de la Patria, en los promontorios excelsos, en las cúspides encumbradas, en los picachos altivos..., allí donde la tierra se yergue mayestática, como en un ansia de volar, para fundirse con las azules purezas de los cielos amplios y luminosos, allí están los templos blancos y pequeñitos, donde la Fe española ha erigido tronos para las Vírgenes de su devoción y patrocinio: ¡las ermitas,

relicarios de fe, arcas de divina alianza, nidos santos, hechos para que aprendan a volar las almas!... Recias, austeras, grandiosas las catedrales españolas. Pero los corazones puros y sencillos, las fantasías artistas y geniales, necesitaban, cerca de los cielos, esas iglesitas dulces y acogedoras, como sagrados chozos en que guarecerse por las noches, cuando borra la obscuridad las huellas de todos los caminos... Necesitaba España, aventurera, legendaria, andariega, esas benditas posadas del espíritu, esos puertos bonancibles, esos oasis venturosos... Y el pueblo, ingenuo y aniñado, la turba innominada y feliz, pedía para su regocijo sano y devoción creyente, esos templos campesinos, fáciles para el holgorio en sus alrededores pintorescos, buenos para las tardes de sol, de romería, cuando sale en procesión, por la campiña, la Virgencita de corona reluciente, de vestiduras vistosas, de nombre indílico y patriarcal que suena a milagros y leyendas... Esa Virgencita, timbre el más glorioso y amado de los pueblos de la cercanía, que bendice con su sonrisa eterna los campos fértiles, los amores buenos, los bailes candorosos, las oraciones pedigüeñas y sentidas... ¡Todo el ajetreo, toda la holgura, todos los cariños, todas las necesidades de los pueblos de España!

Esta imaginada visión, traída a mi alma por la contemplación actual del espectáculo que diviso, desde el mirador de las Ermitas, me ha inundado de una gran alegría consoladora. ¡El pueblo, creyente ascendiendo, cuesta arriba hasta donde espera la Virgen de Belén, custodia excelsa de este eremitorio! El pueblo contento y divertido, aclamando

a su Rey, que viene hasta aquí, para postrarse de rodillas ante el Rey de Reyes, del Tabernaculo; para visitar magnánimo y generoso, esta pobreza nuestra, este recogimiento nuestro, esta paz cordial y serena de las Ermitas de Córdoba!...

El Prelado de la Diócesis y la comunidad en pleno, esperamos a S. M. en la portería. En hermoso coche, tirado por cuatro briosos caballos, enjaezados a la andaluza, viene el Rey. Le acompañan, a más de las autoridades de la ciudad, palatinos y Ministros de la Corona, y potentados aristócratas cordobeses, en sus carruajes vistosos, exornados como en día de fiesta. No se ven uniformes de etiqueta, ni luce el empaque de las frías ceremonias mundanas. La escena es de una gran sencillez emotiva, y el traje andaluz, lleno de garbo y de donaire, pone la nota de un atrayente y simpático colorido.

Bajo palio, seguido de todos, se dirige Su Majestad a la Capilla, donde, solemnemente, se canta el *Te Deum*. Y después, el Rey, con gran detenimiento, va visitando las dependencias del eremitorio.

Apenas se escuchan más palabras que las necesarias para las regias preguntas y las indicaciones del Prelado y del Hermano Mayor. El santo retiro, que alberga en su recinto a la más alta Autoridad de la Patria, ahora parece revestirse de severidad y melancolía más firme y más impresionante que de costumbre:

«Como te ves yo me vi,
como me ves te verás;
todo para en ésto, aquí,
piénsalo y no pecarás.»

(CONCLUIRÁ)



V A L E N C I A

Carta a un amigo

La Villa de Jávea (Alicante)

HACE ya tres años, queridísimo amigo, que por una breve carta te di unas noticias superficiales, sobre un pueblo a donde por casualidad y buena suerte, vine a parar, huyendo de los horrores del invierno de París.

Hoy, después de examinar esta región, más detenidamente, quiero comunicarte las cosas dignas de atención que he averiguado, durante mis repetidas y largas estancias.

No obstante tratarse de un sitio de poca nombradía, confío que mis relatos, refiriéndose a un microcosmo noble, situado en la costa del Mediterráneo, de este mar que con razón decimos la cuna, la fuente y el espejo de nuestra cultura, llamarán, no sólo tu curiosidad, sino también la de todos los amigos de «Janus».

Al que mire la bahía de Jávea, parece instintivamente que sin duda alguna, desde los tiempos más remotos, los hombres habrán visitado y habitado un punto tan feliz, protegido y adornado maravillosamente por los beneficios de la naturaleza: dos promontorios altísimos extienden sus brazos en el mar, y forman un golfo que contiene en su parte interior, protegido por dos diques peñascos, un refugio más pequeño, hoy invadido por la arena; antes, no cabe duda, enlazaba con un

pantano contiguo llamado «La Fontana» y que según me parece, era el antiguo y propio puerto de Jávea. Confirman esta opinión, personas de edad, que cuentan que siendo niños, han visto allí embarcaciones, pero lo que demuestra el hecho más que todo, son alrededor, vetustas paredes arruinadas, fragmentos esparcidos de columnas y otros manifiestos indicios de antiquísima actividad humana.

Esto ofreciéndose así a la vista, parece extraño que no haya llegado a nuestro conocimiento el primitivo nombre de Jávea, visto que la vecina Artemisium o Dianium, hoy Denia, se encuentra citada expresa y frecuentemente por los antiguos historiadores y geógrafos.

Son varios los que opinan, que Setabacula ocupaba el sitio de Jávea, pero parece más verosímil que Avieno en su descripción del litoral levantino haya designado nuestra población diciendo:

Después la costa extiende sus estériles arenas, Hemeroscopium, antes una ciudad habitada hoy un terreno sin moradores, sufre la humedad de su lánguido pantano.....

Este Hemeroscopium que surge inmediatamente ante los ojos del marino que procedente del Sur haya doblado la punta extrema de la península Ibérica, concuerda muy bien con la topografía de Jávea: la villa colocada en una altura, mira al oriente y puede perfectamente nombrarse Hemeroscopium, es decir, «atalaya desde donde se ve la salida del sol».

Además hay las «estériles arenas» señaladas por Avieno que parece lógico identificar con las arenas del puerto interior, hoy llamado «El Arenal» y el «pantano lánguido», que corresponde a «La Fontana» ya citada. De esa denominación, sin embargo, conviene que debatan personas más doctas: yo no me atrevo a comprometerme en una discursión con los ciudadanos de la vecina Denia, que gloriándose de la fama de su patria, niegan con aspereza el noble origen de Jávea, que según ellos, es un oscuro pueblecito nacido de una colonia reciente.

Las piedras, testigos mudos, que antes cité, dan un testimonio más justo con gran elocuencia. ¡Oh voz de las ruinas! ¡Oh vigor persuasivo de los restos inanimados! ¿Quién pisando vuestros venerables vestigios, despreciará la autoridad de tan grandes argumentos? ¿Quién es el hombre, que en horas crepusculares, ante el mar eterno, bajo el cielo sereno, errando por vuestros laberintos, no ve surgir numerosos simulacros y vagar por vuestra soledad, que ya conocen, las tristes y pálidas catervas de los difuntos testigos?

Que los hombres hayan puesto aquí sus moradas ya antes de la época greco-romana, aparece a quien tenga juicio de esas cuestiones: por casualidad, para citar entre otros, el más notable hallazgo, un labrador, trabajando la tierra, encontró, hace pocos años, un collar, hoy conservado en el Museo de Madrid y llamado «El Tesoro de Jávea», joya muy parecida a la que lleva la «dama de Elche», del Louvre de París, escultura muy conocida que proviene también de la provincia de Alicante.

Antes de proseguir mi relato, tengo que dar mil gracias a un amigo, investigador curiosísimo de las antigüedades javeenses que me recibió con solícita amabilidad y me permitió participar de sus estudios.

Ayudado por tan señalada benevolencia, no sólo pude reunir varios datos poco conocidos, se me ofreció también la ocasión de visitar personas notables y de admirar y tener con emoción entre mis manos, objetos que se hallan conservados con esmero en sus casas.

De esas cosas describiré únicamente con exactitud, un fragmento (de un sarcófago, si no me equivoco); le describiré porque es obra de grandísimo valor artístico y porque toca sobre eso de manera particular a lo que estamos examinando.

Notamos a un joven imberbe vestido con una pequeña capa, a caballo; a la derecha sigue un soldado llevando una lanza al hombro, un anciano barbudo se tiene a la izquierda y extiende el brazo así como uno que pide una limosna; inmediatamente la imaginación sugiere la historia del Santo Centurión Martín, ofreciendo a un pobre la mitad de su capa. Todo eso aparece pintado en cada detalle.

¡Muy bien! dirás, pero qué va a buscar tu cuento? Atiende y verás aquí un capricho muy raro de la casualidad: Consta que en el siglo séptimo, San Donato con sus monjes procedente de Africa, fundó en esta región un monasterio bajo la advocación de San Martín; queda sin embargo incierto el sitio exacto de este antiquísimo establecimiento que muchas y doctas personas buscan en la parte que describimos del litoral javeense; y hay a quien parece que nuestro relieve marmóreo, da a la conjetura una confirmación inopinada y seria. Pero al que se fija con atención, aparece claramente que esa escena, es de un estilo muy anterior y genuinamente clásico, no es obra de un contemporáneo de San Donato y que no puede tampoco referirse a la vida de San Martín.

La extraña similitud, sin duda, sorprende sumamente y viene la idea de que tal vez por causa de la congruen-

cia entre el acto de su Santo patrono y la escultura, los frailes debieron guardar y respetar la lápida, que traerían sin duda de Africa, y la colocarían en su nuevo edificio, hispánico, como señal propia.

Porque no dudamos del hecho mismo: tenemos por cierto que San Donato ha parado en los alrededores del puerto de Jávea, aunque no aceptemos la frágil argumentación deducida de este fragmento marmóreo; varias probabilísimas observaciones compensan esa insuficiencia.

La primera prueba nos la ofrece San Gregorio de Tours, que en su libro «De Gloria Confessorum», capítulo XII, cuenta que «cuando Leovigildo Rey de los Godos, marchaba en persecución de su hijo, y su ejército, según la mala costumbre, hacía graves daños a los Santos lugares, que entonces pues había un Monasterio de San Martín, entre Sagunto y Cartagena. Enterados los monjes de que el ejército venía por esos parajes, huyeron y abandonando al viejo abate, se escondieron en una isla del mar».

Es sumamente verosímil que la vecina isla nuestra hoy llamada «Del Portichol», sea la misma que la que señala San Gregorio, porque entre Jávea y Sagunto no hay ninguna, y entre Cartagena y Jávea, pocas, y esas peñascosas e inhabitables, excepto la nuestra, que es la única que pueda ofrecer a fugitivos, una posibilidad cómoda de ocultarse.

Además el promontorio contiguo a la isla, conserva el nombre de San Martín, y seguramente, no por casualidad, porque siempre podemos, fundándonos en esa clase de denominaciones, hacer una conjetura histórica sobre los orígenes. Así, para no buscar un ejemplo lejano, el cabo que por la otra parte cierra la bahía de Jávea, se llama el Cabo de San Antonio, y tiene este nombre de una ermita, de la cual los vestigios existen todavía. Un

firmísimo indicio encontramos por último en las sepulturas que se han descubierto en cantidad. Los cadáveres aparecieron sin joyas, sin ninguna sortija; esa sencillez del hábito, es una señal propia y especial de la observación monacal.

Hace pocos meses sacaron de un sepulcro recién abierto, un cadáver de estatura imponente, en un estado de conservación excepcional: de este hallazgo me dieron noticia, acudí, pero los estúpidos trabajadores habían destrozado ya el respetable esqueleto y le habían, con risa enorme, echado en las profundidades de la cantera. No pude venerar más que disipadas cenizas y huesos trasmutados en polvo.

Desmesuradamente me he detenido en esa cuestión arqueológica que, ignorante como soy, no me hubiera atrevido a examinar sin la impulsión casual de mis estudios que estimularon mi profana curiosidad.

Ahora con el fin de no cansarte con mi charla, procuraré ser breve en lo demás, con lo que he decidido molestar tu paciencia.

De los siglos de la edad media, cuando los reyes moros dominaban en la península, no ha llegado hasta nosotros noticia alguna de esta población.

Rarísimos restos, de los cuales, el más importante es las ruinas de un muy fuerte castillo, al lado del puerto interior, hablan de la época insigne, que imprimió a las costumbres, a la sangre, a la música y al arte español, mejor dicho, al arte de España, la nota indeleble y distinta de los demás pueblos europeos.

El tiempo lejano de la dominación Africana, ha todavía legado a Jávea una parte esencial suya, si podemos confiar en un rumor que, sin embargo, no pude comprobar con exactitud. Dicen que la palabra Jávea, que los naturales pronuncian «Siabia», significa «abundancia», en lengua árabe, y me relató un amigo javeense de regreso

de Argel, que una de las puertas de Constantina, se llama «puerta de Syabía», es decir de la abundancia. Sea lo que fuere, conviene de todos modos perfectamente el nombre de «Abundancia» a la nuestra Jávea, con su suelo fertidísimo en donde abundan de manera milagrosa, frutas de todas clases. El terreno se extiende acá en una llanura siempre verdosa, allá asciende en una corona de montes, rico con rebosantes glebas, devuelve el sembrado con intereses multiplicados. De la montaña y del mar, soplan lenitivos y agradables los vientos que mitigan los ardores del sol y producen un aire muy puro y saludable.

Los moros hasta hoy recuerdan la inclita Granada, y cuando ven a uno de los suyos triste, le preguntan ¿sueñas con Granada?: podrían añadir ¿o en Jávea la abundante que en otro tiempo fué nuestra?

A mí, la verdad, cuando en París me notas melancólico y buscando con los ojos cosas lejanas, siempre opinarás con razón que me preocupa la visión de ésta tierra en que parece que la naturaleza haya reunido como en un compendio todo lo que por las otras partes de Europa ha repartido al por menor. Pero volvamos a la compendiosa suma de nuestra narración histórica.

Después de la derrota de los moros, los españoles ocuparon el reino Valentino; Jávea mismo, restituída a Dios y al Rey, fué fortificada de murallas en el año 1306 por orden de D. Jaime II de Aragón.

Muchas cosas de estilo gótico, y principalmente la magnífica iglesia construída a principios del siglo XVI, por Domingo de Urteaga y que domina como una fortaleza a la población, demuestran que entonces gozaba de prosperidad la Jávea que Avieno a fines del siglo IV había visto inhabitada.

En la guerra de sucesión entre Felipe V y el archiduque D. Carlos, los javeenses pelearon con valor en favor

de la flor de lis, con grande peligro por causa del odio de la vecina Denia que seguía las banderas del Archiduque. Pero eso fué tolerable: atroces desgracias sufrió Jávea en la guerra implacable llamada «de la Independencia», que por sus efectos debilitó a España durante un siglo.

Nuestra villa, llamada ya «dos veces leal» por D. Felipe de Borbon, en perpetua memoria de su fidelidad, resistió a la invasión animosamente y sin preocuparse del peligro.

Fuera pesado y triste el narrar los pillajes y las múltiples injurias consignadas por el Cura de la Iglesia, testigo y expectador de los crímenes del año 1812, en un libro manuscrito que ojeé con emoción en el archivo de la Parroquia.

Hoy reina por todas partes la tranquilidad y el reposo; la villa parece dormir en un lecho de flores y de frutas odoríferas.

En el puerto mismo a donde numerosos navíos venían a cargar pasa y toda clase de mercancías, raramente un pequeño bote surca el agua.

En los grandes almacenes, no encontrarás nada más que ratones que royendo los maderos, satisfacen laboriosamente las necesidades de su hambre y pensarán con tristeza en la abundancia de los tiempos pasados; todo se ha trasladado a Denia.

Hay personas disgustadas por este estado y que soñando en la prosperidad pasada, forman grandes proyectos para restablecer el comercio y aumentar los negocios. A mí por el contrario me parece que todo eso ha resultado así, por la voluntad del cielo y por efecto de singular benevolencia Divina. Los ciudadanos y labradores viven felices, lejos del mundo y de su tumulto, separados del contagio pestífero de la política, de la ambición y de la avaricia. Las virtudes genuinamente españolas, que distinguen a toda la nación, las conservan purísimas: los nobles

son como padres, para los pobres; los pobres honran a los patricios con respeto; no hay ningún odio a los extranjeros, que reciben con una benevolencia, una confianza, una franqueza increíble; no se nota ninguna insolencia arrogante, ningún orgullo, ningún desprecio. Aprecian como hombres a las cosas humanas, de modo que cuando llegas aquí procedente de las regiones de nuestra «civilización» te parece que has venido a parar a un otro mundo.

Los bailes que acompañan de guitarra y los cantares, son agradables y elegantes; elegantes también son, los otros inocentes juegos con que ejercitan sus cuerpos: que bailen, que jueguen a la pelota, que estimulen a un toro, siempre los verás alegres sin escándalo, sus risas son francas, y no oirás las obscenas bromas de los borrachos.

Con cándida devoción, observan la fe religiosa; las fiestas solemnes, las celebran con imponentes procesiones y con honesta alegría.

Veneran con particular devoción a la imagen de Jesús Nazareno, en la Capilla del Calvario y a San Bartolomé patrono de la villa.

¡Ay! Hasta cuándo, Dios mío, se mantendrá este afortunado estado de los corazones! Ya trabajan los innovadores, ya difunden en el pueblo las letras, los diarios, la ignorancia impotente y las vanidades de la doctrina popular: la simiente de la discordia está sembrada. ¡Puedan los labios de este pueblo, por favor celeste, nunca tocar el cáliz de la *cultura* y del *progreso*!

A. Lambert.

Este artículo, escrito en latín, fué publicado en la revista «JANUS» de París. Traducido por un alicantino muy amante de su tierra, con mucho gusto lo publicamos en LETRAS REGIONALES. (N. de la D.)

C A S T I L L A

Segovia. Llor a sus viejas piedras, a sus poéticos rincones

PRECISAMENTE cuando mi espíritu solazábase con la vorágine del tumultuoso Madrid, cuando mi juventud, de estudiante madrileño que viese la luz primera en el castizo barrio de Maravillas, la malgastase en orgías y francachelas, precisamente entonces, el destino, hízome abandonar mis lares y trasladarme a un pueblecillo de la región Astur. Fué para mí aquello, como el jilguerillo que alegre canta en la enramada y bebe en el arroyo cristalino y de pronto se le encierra en una jaula de pulidos cristales, de brillantes alambres; pero que le falta aquella libertad, aquel aire y aquel sol de que gozase. Su pena es grande. Trina, pero sus trinos son de dolor. Poco a poco, la fresca ramita de escarola, el terroncito de azúcar, las cariñosas palabras del amita, vanle dulcificando el encierro y llega a sentirse feliz, y momentos tiene de olvidar, o recordar, como mal pasado, su anterior vida. Yo entonces, en aquellos días grises, encerrado en mi habitación, viendo el orbayo y hasta mis oídos llegando el isócromo ruido de las madreñas, añoré muchas veces mi anterior vida. Pero, poco a poco, lo melodioso de las canciones, la riqueza del vergel, la belleza natural de las oriundas de aquel país, su candidez, hízome olvidar, o recordar, como mal pasado, mi vida en la Corte.

Ya curado de mi desordenada vida, con alguna prematura cana en mi cabeza, otra vez el destino, me hizo levantar mi modesto ajuar—un mísero baul y una raída maleta—y arribé en esta Segovia, en esta arcaica ciudad del acueducto, teatro de tan variada historia, donde aún se conserva—contra viento y marea de descuidados hombres e implacables tiempos—deco-

raciones, creadas por la Naturaleza unas, y por los actores otras, de remotísima antigüedad.

¡Cuántas veces, ante la vetustez de una Iglesia estilo románico-ogival o los derruidos paredones de una arcaica casa renacimiento, me he sentido feliz como nunca!

De los edificios de esta ciudad, tantas cosas pueden decirse, tantas generaciones de hombres pisaron sus umbrales, que la pluma no acierta a quitarse de sus puntos tanta historia, discernir un solo caso y trasladarlo al alba cuartilla.

Esas casas populares abundosas en los barrios de San Lorenzo, Santa Eulalia y San Millán, telares y tenerías un día y hoy modestísimas viviendas de obreros, construídas de ladrillo y armazón de madera, con su galería que en tiempos fuese secadero de lana, y su soportal, refugio de comadres, con columnas de afiligranados capiteles la mayoría, de estilo románico. Esos palacios señoriales e hidalgas casas de estilo mudéjar, tan abundantísimo en Segovia. Las de muros de mampostería cubiertas de revoque vulgarmente llamado de «aplantillado». Esas más de una veintena de iglesias de estilo románico-mudéjar, del más puro estilo, como la iglesia de San Millán, en el barrio del mismo nombre, llamado de las Brujas, y la de Vera Cruz las típicas casas del típico barrio de las Canongías, una parte del cual

en tiempos amurallado, también de estilo románico. Las casas-fuertes torreadas, del mismo estilo. Todos esos edificios testigos de intrigas cortesanas y aposento del Santo Tribunal de la Inquisición; el primer convento de Carmelitas Descalzas de la ciudad fundado por Santa Teresa de Jesús y donde por vez primera dijese misa San Juan de la Cruz, las casas isabelinas, entre ellas la mal llamada morada de Juan Bravo, ya que no fuese en ésta donde viviese el caudillo de las huestes segovianas en la noble causa de de las Comunidades, la llamada Inclusa vieja; la casa de los «Picos»; la que fué sinagoga y donde se operara el milagro del Corpus Christi...

Contemplando las viejas piedras, los bellos rincones, en esas claras noches de luna; admirando «la Dama de las Catedrales», el régio Alcázar; cegándome con las refulgentes piedras de la inmensa mole del Acueducto, he vivido mis mejores días, mis más felices días, y hasta he amado, como jamás pensé amar, porque el ambiente de tranquilidad y poesía, instaban al espíritu para ello.

¡Segovia, la vieja ciudad de la puente romana, ha tiempo que mi cariño hacia ti, lo hermané con mis más grandes cariños de hombre enamorado!

Federico Barañano

Segovia y Octubre.



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 16

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

DE POLOP A BENIMANTELL Y CASTELL DE GUADALEST

Invitada por la distinguida señora viuda de Ferrer, y por sus hermanas las señoritas de Chápuli, salí de Alicante para Benidorm el nueve de Septiembre, a las diez de la mañana. Todo el camino que recorre el tren desde la estación de partida, pasando por Villa Marco, de tristes añoranzas para mí, El Campello, Villajoyosa, y por último Benidorm, es delicioso, teniendo siempre a nuestra derecha el mar, y a nuestra izquierda bonitos campos, todo bajo un cielo espléndido de luz y de pureza.

Frente a la estación de Benidorm se eleva un pequeño islote que se ofrece a nuestra vista majestuoso y lleno de misterio, cual pensativa y romántica dama, ataviada con suntuoso miriñaque, y asentada sobre mullidos almohadones en regio y amplio salón, cuyo piso es un espejo, en donde se refleja el suave color de su lecho azul, esperando al aventurero señor, de sus ensueños, que partiera en arrogante nave, hacia las que fueron nuestras americanas islas, ansioso de gloria y de fortuna que ofrecer a su amada.

En la última estación dejo el camino de hierro y tomo el auto de Callosa, con dirección a Polop.

No es mi intención describir este corto viaje desde su principio, y sólo he querido hacer una breve indicación del itinerario a seguir en esta mi excursión a los pueblos montañosos de nuestra encantadora Marina.

Por ésto, y por no disponer de espacio en esta Revista, no me detendré apuntando las gratas impresiones que he experimentado en el trayecto que en veinte minutos recorre el auto «La Callosina», hasta Polop.

He llegado a Polop y al descender del auto me estrecha cariñosa en sus brazos mi amiga Manola, y al desprenderme de ellos, me encuentro a sus hermanas que alegres me reciben. Con frases apresuradas y entusiastas nos dirigimos mutuamente mil preguntas hasta llegar a la monísima casa en donde mis amigas veranean. Ya en ella, estas amigas del alma, con su peculiar amabilidad, comienzan a detallarme sus proyectos para nuestras excursiones a la montaña.

—Esta tarde,—me dicen— a primera hora, bajaremos al barranco éste, y

después subiremos al montecito,—me indican, mostrándome monte y barranco, que parece vamos a pasar de un salto desde la bonita terraza del gabinete donde tomamos café después de la comida.—Mañana iremos a Bunca, y pasado a Benimantell y Castell de Guadalest. No tienes más remedio que aprovechar bien estos cuatro días, si quieres ver algunos de estos paisajes, pero,—insisten.—No nos dejes tan pronto, escribe a tu familia, que no te esperen el domingo, que no te dejemos partir.

Me es imposible acceder a los deseos de la señora y señoritas de Chápuli, sintiéndolo muchísimo, y aquella misma tarde damos comienzo a nuestros paseos.

Es Bunca un monte de asombrosa vegetación, muy bien cultivado en partes, donde el olivo poético con su verde y blanco follaje, crece entre robustos y prosaicos algarrobos de verde oscuro, que dejan caer su pardo y largo fruto, como aquel chico holgazán, de mi pueblo, que pareciéndole pesado el ligero cesto de peces que su padre le encargara entregar al amo de su barca, fué sacando aquellos uno a uno hasta vaciar el cesto, que luego llevó al Patrón de su padre.

También los almendros se multiplican formando regia escalera, hasta lo más alto de la montaña, para dejar este lugar de dominio a los pinos aromáticos, que purifican la atmósfera. Después, de sus faldas cuelga un tupidísimo tapiz de zarzamoras, sobre el cual una grande variedad de flores, de distintos matices, se destaca en su oscuro fondo, del que penden largos y tiernos tallos hasta encontrar el lago que a sus pies nace, en cuya superficie se detienen ansiosos de frescura. La proximidad de los montes fronteros, separados del primero únicamente por un estrecho y profundo barranco, forma con los pinos una bóveda, sobre la cual la luz de la tarde llega a nosotros

pálida luz como de atardecer, melancólica y dulce en un día de verano.

A pocos pasos del lago, separada por ancha senda, siempre cubierta de verdura, vemos la fábrica de la luz, instalada en antiguo edificio árabe, que nos muestra un torreón con aspilleras: quizás fuera en tiempos del dominio de éstos, la mansión de algún poderoso moro. Y entre la casa y el lago en un pronunciado ángulo que se eleva unos centímetros sobre el caminito, una fuente. Allí, al pie de la fuente, bajo frondosa higuera, sentados alrededor de rústica mesa, en el momento que llegamos, meriendan los habitantes y arrendatarios de aquellas tierras. Muy atentos nos invitan a participar de su merienda, invitación que les agradecemos, y aceptamos un vaso de agua deliciosa, que con placer bebemos. Como antes dije, al fondo, bonito barranco, con pequeños arroyuelos, a trozos cultivado, y a trozos de salvaje vegetación cubriendo las estrechísimas sendas que conducen a sus huertas.

—

El siguiente día, a las ocho de la mañana, invitada por la amable y aristocrática señora de... organizadora de la expedición, salimos de Polop, hacia Castell de Guadalest, pasando primero por Callosa, bonito pueblo, cuna del «Algar», y después por Benimantell.

Yo quisiera saber escribir para poder hacer llegar a la mente del que me leyere lo pintoresco y grandioso de estas montañas. Mi impresión fué hallarme en un país de ensueño, en los jardines que algún rey hechicero, para el recreo de su imaginación de artista, creara.

La carretera se desliza teniendo a un lado la sierra del Panoch, con sus peñas grises, con grandes manchones rojos, y a sus pies los montes siempre cubiertos de pinos, y sus huertas escalonadas que terminan allá abajo, en el río. Y al otro lado, huertas y montes de almendros. Yo pensé que en la pri-

mavera, cuando estos almendros ostenten su flor, nuestros ojos no podrían resistir el torrente de luz que inunde sus blancas o rosadas flores. Porque aquí luce el sol como en la capital, siempre espléndido, siendo grandioso verlo reflejarse en el Mediterráneo cuando una abertura o desgarrón de la montaña, como a menudo sucede, nos muestra nuestro amado mar, quieto siempre y siempre amable.

Después de dos horas de subida bordeando la montaña, divisamos las torrecitas de Castell de Guadalest, al mismo tiempo que, rápidos, cruzan dos autos; son turistas alicantinos, amigos y parientes de las señoritas de Chápu-li, que como nosotros vienen a visitar esta que fué antigua fortaleza. Después, otros autos que se adelantan a nuestro coche, y que con el mismo fin en su expedición, llegan a estas alturas. Pero otra vez, la montaña oculta a nuestra vista el castillo, y seguimos subiendo sin cesar por la tortuosa y peligrosísima carretera, sin poder mirar hacia el fondo por el vértigo que nos produce la altura, hasta que nuevamente se nos muestran alegres, y como confiadas en la paz de nuestros días, las torres de Guadalest. Estamos próximos, y el camino al fin, es llano con ligero descenso hasta llegar.

—

Antes de pasar la húmeda y fría bóveda del Castillo, cuya entrada parece reclamar el puente levadizo que los primitivos señores hicieron echar cien veces, temerosos de algún asalto, nos detenemos. Dos esbeltas palmeras en el mismo lado, a la derecha, parecen darnos la bienvenida. Son las primeras que he visto, desde que salí de Alicante. Y tras de estas palmeras, un rincón delicioso, un pequeño jardín y una olvidada y feliz casita.

—Mire usted la garita del Centinela —me indica uno de los que nos acompaña.

—¿Y cómo podía subir por esa roca?—interrogo.

—Atado con cuerdas y apoyando los pies en algún saliente de la peña.—Me responde nuestro guía.

Es una mole gris, de granito, que se alza atrevida y orgullosa, como retando a imaginario enemigo de su señor, que ostenta en cada uno de sus extremos y en la parte más elevada de ellos, una torre; de estas dos torres, como antes dije, una era la destinada al centinela; la que más domina la extensa posesión y sus contornos. La otra guarda la campana, que aún hoy, avisa a los moradores de Castell de Guadalest, las horas de sus deberes, como antiguos súbditos, y como fervientes cristianos.

Esta roca abierta para dar paso a la morada del que en remotos tiempos fuera señor feudal de vidas y haciendas, conduce, también, pasando antes por el palacio y la Iglesia, (la que no me detengo en describir por falta de espacio) al que hoy goza de libertad, risueño caserío de Guadalest.

Y seguimos subiendo por él, la montaña en la que está situado, siempre mirando al cielo, sin curiosidad de lo que bajo sus montes sucede. Atravesamos dos o tres callecitas, de «muñecas», subiendo sin cesar, y salimos al Monte del Cementerio, en cuya cumbre se halla el lugar de descanso de estas gentes sencillas y buenas, como queriendo al dejar este mundo, dé reposo a sus restos mortales el más hermoso de los monumentos: La Naturaleza, en su más grandiosa manifestación de belleza.

Nada nos induciría a creer que estamos en la última morada de este mundo: sólo tres cruces de piedra que se levantan medio metro sobre la tierra, indicando que allí también hay privilegios, son los signos de tristeza que vemos, y un postigo que un chico abre, diciendo:—La fosa común.

Recorremos la pequeña explanada

en sus cuatro puntos cardinales y nuestros ojos contemplan deslumbrados un mundo nuevo de luz y de color.

Damos por terminada nuestra excursión, regresando a Benimantell, donde tenemos la sorpresa de encontrarnos con otros amigos de Alicante, reuniéndonos en el bonito comedor de la hospedería, donde nos sirven la clásica paella valenciana y nos dan a beber el agua más fina y fresca de España. Tomamos café y después de animada charla, nos invitan nuestros amigos a visitar una Masía, en la que hay variedad y abundancia de flores, y riquísimas uvas, pero, ni las primeras ni las segundas nos es permitido tocar. No podemos por menos que sentir esta poca atención hacia las señoras, y más para las muchachas, preguntándonos: ¿Para que nos han traído aquí?

Prisca Espa

Polop 11 Septiembre de 1926.



LA BANDERA Y LA CRUZ

(Imitación de «El Hombre y la Mujer» de Victor Hugo)

La Bandera y la Cruz son dos resortes que hacen saltar el corazón del patriota y del católico: ser patriota es señal de tener fibras en el corazón; ser católico es señal de tener luz en la inteligencia.

La Bandera y la Cruz son dos fuentes de inspiración para el orador y el poeta: la oratoria engrandece; la poesía sublimiza.

La Bandera y la Cruz son dos memoriales de la Patria y del Calvario: en la Patria nacimos para los hombres; en el Calvario nacimos para Dios.

La Bandera y la Cruz son dos estímulos para vengar los ultrajes hechos a la Patria y a Dios: ultrajar a la Patria es propio de villanos; ultrajar a Dios es propio de ingratos.

La Bandera y la Cruz son las insignias de la Patria y de Cristo: ante la insignia de la Patria nos descubrimos con respeto; ante la insignia de Cristo nos arrodillamos con veneración.

La Bandera y la Cruz son la causa de la muerte de muchos héroes y muchos santos: el heroísmo nos abre las puertas del templo de la Fama; la santidad nos abre las puertas del templo de la Gloria.

La Bandera y la Cruz son trofeos de innumerables victorias: la primera nos recuerda las ganadas por los hombres; la segunda, las ganadas por Dios.

La Bandera y la Cruz son, finalmente, síntesis de dos grandes amores: el amor de Patria que ennoblece; el amor de Dios que santifica.

C. Pérez



¿SERÁ AMOR?

Para ti...

Yo indiferente vivía
hasta que te conocí,
pero desde aquel instante
la tranquilidad perdí.
Me hipnotizaron tus ojos
con magnéticos destellos,
amé tu cara de virgen
y amé tus rubios cabellos.

Desde entonces a mi alma
no sé que emociones das
que tiemblo cuando te acercas
y sufro cuando te vas.

Y en la senda árida y triste
de mi vida sin objeto
eres una margarita
que me ofrece su secreto.

Josè Guerrero

Grazalema (Cádiz).



MÁS ALLÁ

No vendrás; me lo dice el impío Destino.
No oirás que te llamo como en una oración
y no verás en lo hondo de la tribulación
sangrar mi alma sobre las piedras del camino.

No vendrás... Es en vano que anhelante te
(llame...

la noche ahoga la luz, y la impiedad el grito
del alma que desgarrar un dolor infinito,
hasta que el vaso de la vida se derrame.

Acaso entonces un ángel con alas de oro
de besos y sollozos te llevará un tesoro,
ofrenda de una vida, toda tormento y luz.
¡Oh, si el amor te embriaga con su trágico vino
y buscándome vences la saña del destino...
y llegas a mí, loca, con los brazos en cruz!

Juan Francisco Logroño

Imprenta La Española. - Librería, 28 - Córdoba

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

—
«Los humildes senderos.»
«La sangre de la Raza.»
«La Ciénaga.»
«Agua de turbión.»
«Fuente serena.»

—
De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

Envío 1.º — *Enverada.*
» 2.º — *Excoscada.*
» 3.º — *Abatollada* (en prensa)

■ ■ ■
EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

**Papeles de Edición, Litografía
y de escribir**

**Dibujo, secante, pluma, barba,
pergamino y registro.**

**Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana**

Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —

La Española

—
Talleres de Imprenta

■ ■ ■
Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

■ ■ ■
Librería, 28

Córdoba

